

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XL.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 1,037.

SUMARIO.

M. Seward, diplomático americano; grabado. — Academia matritense de jurisprudencia y legislación. —

Las elecciones de presidente en los Estados Unidos; grabados. — Servicio llamado de las Pompas fúnebres en París; grabado. — Revista de París. — Poesías. — Escenas de la vida inglesa; grabado. — La cruz de Migné; grabado. — Cuadros de la naturaleza; grabado. — Batalla

de sabios. — El comicio agrícola de Pont-Faverger; grabados. — Barracas ocupadas por los alemanes en los departamentos franceses; grabados. — Cuentos de Hoffmann: Marino Faliero. — Fiesta del Churruck-Poojah; grabado.

M. Seward,

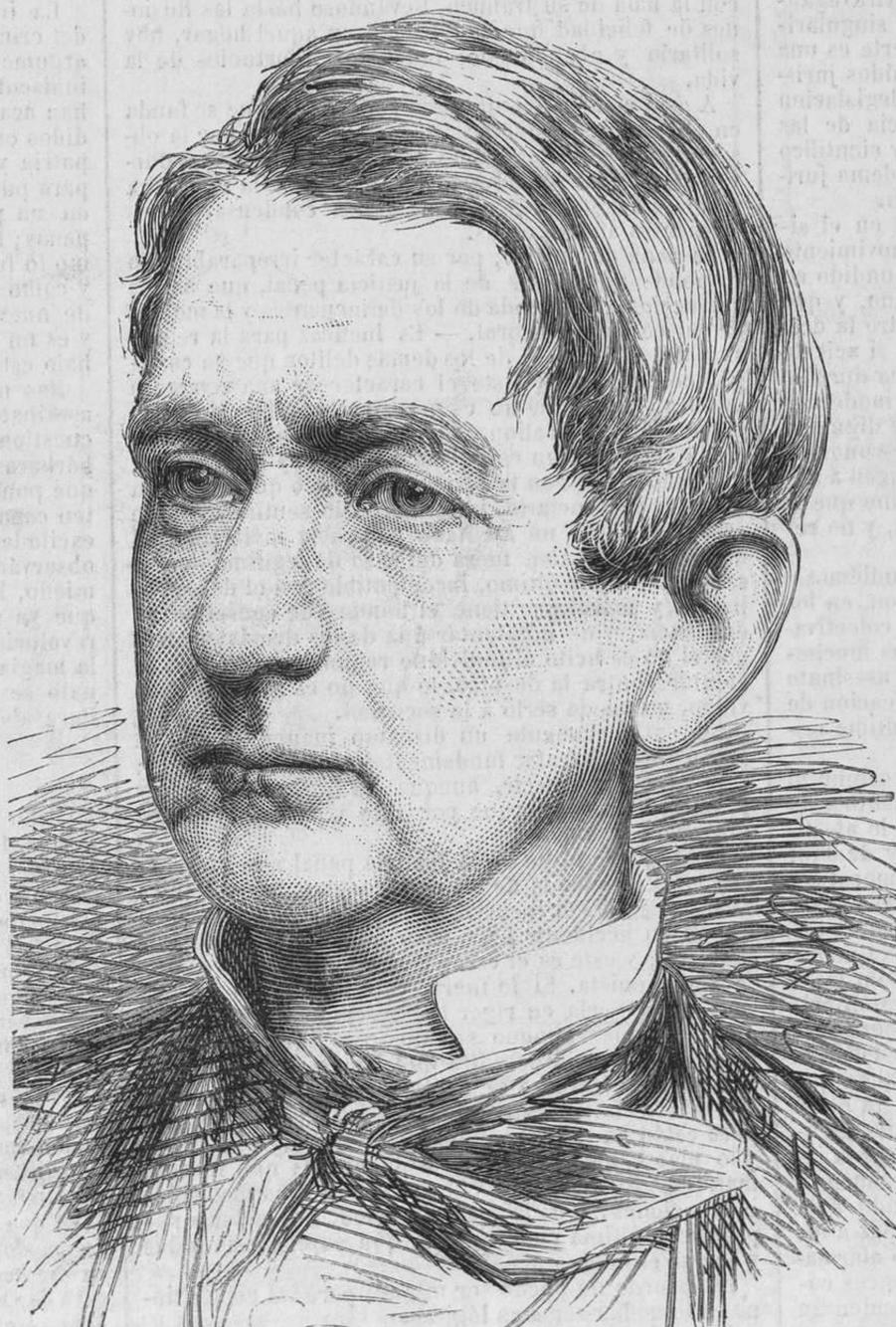
DIPLOMÁTICO AMERICANO,

MUERTO EL 10 DE OCTUBRE DE 1872.

Los Estados Unidos acaban de perder uno de sus hombres de Estado mas distinguidos: Guillermo Enrique Seward, nacido en Nueva York de una familia oriunda del país de Gales, sucumbió el 10 de octubre último á un ataque de parálisis, á la edad de setenta y un años. Colegial de la Union, profesor despues de una escuela en Georgia, se ocupaba mas tarde, como jurisconsulto y como político, en los negocios de su ciudad natal, Auburn, cuando en 1850 sus conciudadanos, que ya admiraban su talento, le nombraron senador del Estado de Nueva York. Sus primeros discursos fueron en favor de reformas interiores, consiguiendo la abolición de la prision por deudas, y que el pueblo tuviese una participacion mayor en el nombramiento de los funcionarios públicos. En 1833 visita la Europa con su padre, que, como comerciante y médico, habia ganado una fortuna considerable.

Las impresiones de este viaje, que maduraron su talento, se encuentran en sus obras completas. Elegido gobernador del Estado de Nueva York en 1838, y reelegido en 1842, su crédito es general en los Estados Unidos, y desde 1849 ocupa su asiento en el Senado de la República.

Parecia estarle reservado el alto honor de la presidencia, pero su candidatura fué ardientemente combatida por el director de la *Tribuna* de Nueva York, el mismo Horacio Greely, que acaba de disputar la elección del general Grant con tan



M. SEWARD, diplomático americano, muerto el 10 de octubre de 1872.

poco fruto. Seward, no esperando el triunfo para su causa, puso toda su influencia al servicio de Abraham Lincoln, que, una vez elegido, le mostró su reconocimiento y estimación nombrándole ministro de Estado.

Fuó su primer ministro en toda la extension de la palabra, y ejerció en el gobierno y en el país la mas grande influencia. Partidario enérgico de la indisolubilidad de la Union, contribuyó poderosamente á la victoria del Norte y á la reconstrucción de la República. Esto le valió el odio de que fué victima Lincoln, y cuando el 15 de abril de 1865 este caía mortalmente herido en el teatro, Seward recibió en su propio lecho una puñalada que le causó una profunda herida, de la cual jamás ha quedado enteramente curado.

Uno de sus hijos fué muerto á su lado y el otro herido.

Desde la cuestion del *Trent* en 1862, y la recepcion en Inglaterra, aunque con carácter oficioso, de los enviados del Sur, Seward se mostró constantemente animado de un sentimiento de antipatia y hasta de hostilidad contra la Gran Bretaña. Nunca disimuló su opinion sobre la necesidad y conveniencia de anexionar el Canadá á los Estados Unidos, al mismo tiempo que apoyaba la separacion entre la Irlanda y la Inglaterra.

Poseido de ese americanismo exagerado, que es la cualidad distintiva de la diplomacia anglo-americana, sus despachos muestran siempre un carácter amenazador en las cuestiones del *Alabama* con Inglaterra, y en las notas dirigidas al gobierno francés sobre la expedición á Méjico.

Es el Palmerston de su país, y por eso fué tan popular en los Estados Unidos.

X.

Academia matritense de jurisprudencia

Y LEGISLACION.

Discurso leído en la sesión inaugural de la misma, celebrada el día 26 de octubre de 1872, por su presidente el Excelentísimo señor don Cirilo Alvarez.

Señores académicos: Una deuda de honor y gratitud para con vosotros, y el precepto terminante de vuestros estatutos, me imponen el deber de desenvolver y tratar en esta solemnidad académica alguno de los problemas de la ciencia del derecho, ya sea en el campo de las abstracciones de la filosofía trascendental, ya discutiendo en tono más modesto alguna de esas teorías científicas que tienden con más fuerza á abrirse paso en la legislación de los pueblos modernos.

Vacilante mi ánimo en la elección del asunto, merced á mi pobre inteligencia, y tal vez por la dificultad de la elección en sí misma, me he dicho para mí: si esta solemnidad jurídica no ha de ser estéril é infecunda de todo punto, rompamos siquiera una lanza en esa justa filosófica á que nos provoca el espíritu revoltoso y descreído de nuestro siglo; siglo de transformación y de lucha, siglo de ensayos, sin fe, sin dogmas ni afirmaciones rotundas en ningún orden de ideas, y que sin embargo se agita y se revuelve contra todo lo existente, y comenzando por negar al poder su legitimidad y sus fundamentos, á la familia sus títulos, su razón de ser á la propiedad individual y á la justicia sus fueros, pretende en su soberbia resolver dogmáticamente todos los problemas de la ciencia social y del gobierno.

Escuelas audaces llevan su delirio hasta el punto de disputar á la sociedad el derecho de castigar á los delincuentes; y si esta teoría subversiva cuenta aun pocos sectarios, es por lo menos el auxiliar poderoso de otra escuela, que sin poner en cuestión este derecho, condena resueltamente la imposición de la última pena ni aun al último crimen, ni al asesino villano y alevé, ni al más repugnante y malvado de los delincuentes.

No merece ciertamente los honores de un debate serio esa teoría insensata, que desconoce en el poder hasta el derecho de defenderse, porque no hace proselitos, como no sea en algunos espíritus extravagantes y excentrísticos, dados á la paradoja y la singularidad; pero la abolición de la pena de muerte es una idea afortunada, que acarician hoy distinguidos juriconsultos y que se va abriendo paso en la legislación de pueblos adelantados; y si esta tendencia de las ideas modernas es ó no un progreso moral y científico del espíritu de nuestro tiempo, es un problema jurídico digno de nuestro estudio y observación.

El movimiento filosófico que se operó en el siglo XVIII después de la reforma religiosa, movimiento de suyo perturbador y delirante, que ha hundido en el polvo todas las instituciones de lo pasado, y que después de haber envuelto á la sociedad entre la destrucción y las ruinas de lo que fué, apenas si acierta á levantar sobre sus escombros nada que sea durable y permanente, ha impreso en los pueblos modernos sentimientos levantados de estimación y de dignidad personal que sería injusto y poco noble desconocer; y estas inspiraciones generosas han dado origen á esa doctrina, que no tiene más en su contra, sino que la rechaza el sentido común de la humanidad, y no resiste al exámen de un juicio sano y severo.

Estudiemos al hombre en sí mismo; estudiémosle en los movimientos espontáneos de su corazón, en los misterios de su conciencia; estudiémosle colectivamente en esas agitaciones turbulentas de las muchedumbres, cuando se divulga la noticia de un asesinato ó de otro crimen parecido; y allí, en justificación de la última pena, impuesta por supuesto al último crimen, no más que al último crimen.

Es desgraciadamente un acontecimiento común el homicidio cometido á traición, con ensañamiento y de un modo villano y alevé. Los anales del foro lo atestiguan con una frecuencia desconsoladora; y de aquí principia la observación. El primer efecto moral de este suceso en el momento de divulgarse, desde este primer instante, es la irritación de la conciencia pública, que no se calma ni vuelve la paz á los espíritus sino con la idea de la muerte del criminal en justa expiación del delito cometido. Y esta impresión primera no es irreflexiva ni de un momento; dura y se mantiene largo tiempo, todo el tiempo que tarda la justicia humana en pronunciar el terrible fallo; que entonces, pero solo entonces, se presentan ya otros fenómenos morales dignos también de nuestra atención. Si el fallo no es de muerte, se reproducen la inquietud y la alarma por la impunidad del crimen, á diferencia de cuando el criminal es condenado á la última pena, que vuelve instantáneamente la paz á los ánimos y se calma la impaciencia del público alarmado hasta aquel momento. Verdad es que entonces comienzan también los impulsos generosos; comienzan la compasión y la lástima por el desdichado que al

subir las gradas del patíbulo pone de su lado todas las inspiraciones de la muchedumbre que lo presencia; todas, si, pero inspiraciones que no se prolongan más allá de aquel supremo y aterrador momento, porque tan pronto como la ejecución se verifica, esa misma muchedumbre se limita á orar por el culpable y no se rebela contra la justicia humana que le condenó. ¿Qué más? El mismo culpable reconoce muy comunmente en el tablado fatal la justicia de la pena, y siente en su alma la necesidad de un perdón que suele implorar del pueblo agrupado á su alrededor.

Así solo se concibe y se explica que la pena de muerte impuesta á los grandes criminales sea un hecho primitivo, universal y constante de todos los tiempos y de todas las civilizaciones. Aparece en los libros sagrados, en la gigante civilización egipcia, en la cultura de Atenas, en la turbulenta y poderosa Roma, y la escriben en sus Códigos los bárbaros del Norte, que trajeron á la Europa, con la fiera altivez de su raza, el sentimiento exagerado de la independencia personal; y algo dice en favor de la última pena este hecho constante y universal, que ha obtenido á través de los siglos el asentimiento de tantas y tantas generaciones, por tener también á su favor la sanción de la religión y de la conciencia.

Confesemos, por lo menos, que la pena de muerte no es contraria á los instintos eternos de nuestra especie; y si se nos arguye que la apelación á la historia es un débil argumento, porque en la historia de la humanidad se observa que la luz de la verdad se abre paso lentamente, y ahí están para demostrarlo el tormento, la mutilación, la flagelación vergonzosa y otras penas repugnantes, aplicadas con dolorosa y terrible frecuencia por largo tiempo en la bárbara legislación penal de los antiguos Códigos; y si esto es verdad, también lo es que estos estatutos inhumanos de la legislación penal no constituyen un hecho constante y universal, no interrumpido nunca en la serie de los tiempos, como la imposición de la pena de muerte. El tormento, la mutilación, la vergonzosa pena de azotes, pertenecen á cortos períodos de la historia, merced á las costumbres feroces de un tiempo dado, y no han obtenido nunca el asentimiento de la conciencia universal.

Pues si esta es la humanidad y esta la naturaleza, y si el hombre es así y no puede ser de otra manera, que no se obstine en luchar contra este veredicto del sentido común ese filosofismo moderno, que se estremece y horripila á la presencia del patíbulo en que muere el criminal, y no tiene una lágrima para la familia afligida por el crimen, que llora tal vez desolada la pérdida de un esposo, de un padre ó de un hijo querido, que era toda su esperanza; esperanza que un feroz asesino extinguió con la punta de su puñal ó con la bala de su trabuco, llevándose hasta las ilusiones de felicidad que endulzaban en aquel hogar, hoy solitario y abandonado, todos los infortunios de la vida.

A esta conclusión sintética y filosófica, que se funda en el estudio del hombre, y que se fortifica por la observación de un fenómeno histórico, constante y universal, oponen los adversarios de la última pena una serie de argumentos que se pueden condensar en las siguientes afirmaciones.

La pena de muerte, por su carácter irreparable, no responde á los fines de la justicia penal, que son la corrección y enmienda de los delincuentes y la mejora de su condición moral. — Es ineficaz para la represión del asesinato y de los demás delitos que se castigan con ella. — Reviste el carácter de una venganza pública, como que no es más que la aplicación de la bárbara ley del Talion y de las represalias. — Ofrece en su ejecución un espectáculo inmoral y repugnante, que familiariza con la sangre al pueblo que acude en tropel á presenciárselo, imprimiéndole sentimientos de crueldad. — Es un atentado contra la inviolabilidad de la vida humana, fuera del caso de legítima defensa. — Y es, por último, incompatible con el deber religioso y moral que tiene el hombre de conservar su existencia, y de no atentar á la de los demás; puesto que si no es lícito al individuo renunciar á su vida ni atentar contra la de otro, lo que no es lícito al individuo, no puede serlo á la sociedad.

No es ciertamente un discurso inaugural muy á propósito para tratar fundamentalmente esta materia; pero algo cabe decir, aunque sea breve el espacio y breve el tiempo, porque por algo y para algo hemos provocado el debate.

Desde luego el fin de la justicia penal no es la corrección y enmienda de los delincuentes, no es siquiera una condición esencial de la penalidad. Será si se quiere un accidente feliz, pero nunca su fin más importante; y este es el error trascendental de la escuela abolicionista. Si lo fuera, esta teoría nos llevaría muy lejos. Sería en rigor la negación del derecho de castigar; pues aunque sea doloroso confesarlo, una triste experiencia acredita que los criminales en su inmensa mayoría no se corrigen ni se enmiendan en los establecimientos penitenciarios. Algunos tal vez, pero están en relación de 1 á 100, tal vez de 1 á 1,000, y lo más común es que vuelvan peores que fueron, más impenitentes, más cínicos y con más malévolas inclinaciones; y dada esta situación, no bastaría suprimir la última pena; habría que suprimirlas todas y cerrar el Código penal.

El absurdo no puede ser mayor; pero las conclusiones no pueden ser más lógicas.

El fin de la justicia penal no es la corrección y en-

mienda de los culpables. No es esta la buena teoría. La ley penal responde á un fin social más elevado. Responde á la reparación del orden moral quebrantado por el crimen; responde á la ley de la responsabilidad del hombre por sus malas obras, á esta ley inexorable de la expiación y de la penitencia, que principia en el remordimiento, en este fenómeno interno de nuestro espíritu á que no podemos escapar.

Nada en el mundo es tan feliz, que no haya tenido en su vida alguna flaqueza, algún acto de debilidad, y nadie que un momento después no haya sentido la vergüenza de su falta. Primera manifestación de esta ley inflexible de la responsabilidad humana. Si el hecho perpetrado constituye un delito en vez de una falta, el pesar se hace más profundo, el remordimiento más intenso, la agitación del alma más insostenible, porque la memoria del crimen persigue y amarga la existencia del delincuente en todos los instantes, en sus ensueños, en la calle, en la plaza pública, cuando suena fuertemente y á deshora la campanilla de su habitación.

Y en esta ley de responsabilidad, en estas manifestaciones de la conciencia, en estos sufrimientos del alma, siempre en la medida de la gravedad de los hechos, es en donde está el fundamento de la ley penal, con todas las gradaciones que la legislación y la ciencia á la vez determinan para distinguir entre la debilidad y el vicio, entre el vicio y el crimen; y solo en estos fenómenos morales está también la explicación filosófica de esas palpaciones de la conciencia universal á la presencia del crimen, que se revelan por la inquietud y la agitación de los ánimos, y por la indignación y la ira de las muchedumbres contra el criminal.

Esta teoría filosófica se resuelve en el orden de las ideas religiosas por los dogmas más sublimes del cristianismo. El arrepentimiento en la religión cristiana es un principio de purificación para todas las debilidades de la vida; pero no basta; ni la regeneración moral del pecador se verifica sino cuando siguen al arrepentimiento la penitencia y la expiación. La sublime Magdalena del cristianismo es la divina y sublime expresión de esta doctrina. (1)

De esta misma opinión participa M. Charles Lucas, el más fogoso partidario de la abolición de la pena de muerte. Rechaza la justicia utilitaria de la escuela de Kant, la escuela de intimidación de Fierbach, la teoría sentimentalista que compromete la seguridad del Estado, y adopta la idea cristiana de la expiación. Solo que, al aceptar este eminente publicista la idea cristiana, se olvida de que al lado del principio fundamental de la penitencia, el cristianismo escribe también en las tablas de su ley el de la eterna reprobación del pecador y el de una expiación eterna.

La ineficacia de la última pena para la extinción del crimen y del mal en el mundo, que es otro de los argumentos de la escuela abolicionista, es un hecho indiscutible; porque, en efecto, á pesar de ella no se han acabado los asesinos, los envenenadores, los bandidos en cuadrilla, los incendiarios, los traidores á su patria y otros delincuentes de este jaez; pero es que para purificar la tierra de toda maldad, convirtiéndola en un paraíso, son igualmente impotentes todas las penas; lo son las penas de los Códigos modernos, como lo fueron las penas de las leyes de los bárbaros, y como lo serán todos los tormentos que se inventen de nuevo, si hay algo que inventar en esta materia; y es un acto de candidez atacar á la pena de muerte bajo este aspecto.

Más no es la cuestión de si desaparecerá ó no el asesinato por la aplicación de la última pena. La cuestión es si una vez abolida sería más común este bárbaro crimen, y en qué proporción lo sería, y hasta qué punto esta impunidad alentaría á los que se sienten capaces de cometerlo. No hace mucho tiempo que, excitadas las turbas al asesinato de una autoridad, y observándose en ellas momentos de vacilación y de miedo, les gritaban sus instigadores: «No temáis, que ya no matan á nadie;» y era verdad, porque la revolución había abolido de hecho la última pena, y la magia fatal de este grito bastó para que el asesinato se consumara con los más terribles accidentes. Para abolir la pena de muerte, ha dicho un célebre

(1) En una sesión célebre y borrascosa de las Cortes de 1871 á 1872, un diputado, orador y filósofo, profundo pensador y distinguido profesor de nuestras escuelas, se permitió expresar esta idea: «El hombre tiene derecho al castigo;» y estas palabras excitaron la hilaridad en los unos y el asombro y el desden en los más.

Si yo no me equivoco, el pensamiento que encierra esta frase no es más que la expresión de la teoría filosófica sobre la penalidad que estamos exponiendo, y que se funda en la suprema ley de la expiación. — El silogismo es el siguiente: El hombre tiene derecho á su regeneración moral, á su rehabilitación; y esto, no solo es una verdad filosófica, sino que es una verdad evangélica. La regeneración moral no se obtiene sino con el arrepentimiento y la penitencia. — Luego el hombre tiene derecho á la pena.

Lo que hay es que, desenvuelta esta teoría sencilla de ese modo nuevo, en esa jerga de las escuelas alemanas, en ese tecnicismo científico que se ha puesto en moda para dar al pensamiento una forma sibilitica, la frase produjo el efecto singular de una extravagancia dicha con tono profético.

escritor, es menester esperar á que los señores asesinos comiencen los primeros.

Por otra parte, los partidarios de esta escuela no se preocupan del efecto que produciría la abolición de la pena de muerte en las ordenanzas del ejército y de la marina militar, si este ensayo insensato se hiciera por un solo día.

Nos limitamos á esta indicación, invocando en abono de nuestra causa el testimonio de los hombres de guerra. (1)

Lo cierto es, sobre todo, que, merced á esta tendencia sentimental de los gobiernos revolucionarios, la criminalidad se ha aumentado en nuestro país en una proporción que espanta, á tal punto, que en la hora del desencanto ha habido que apelar á remedios dolorosos, que dejarán una profunda huella en las costumbres de nuestro pueblo. Merced á esta tendencia, el pánico se ha hecho tan universal, que nadie se siente seguro en esta sociedad conturbada, y tiembla por sí, por su familia, por su fortuna, por todo lo que querido que posee en el mundo. Merced á esta tendencia, mejor dicho, á esta impunidad, en la culta y populosa Barcelona no es ya la vez primera que cogido in fraganti un delincuente, ha sido despedazado por la ira popular, inspirada en la idea fatal de que no hay justicia en este país, y de que el público debe hacerse por sí mismo.

Es menos serio establecer como cosa inconcusa que la pena de muerte, impuesta á sangre fría por la sociedad, es simplemente la aplicación de la ley del Talion y de las represalias; y menos serio aun que en la ejecución de esta pena se ofrezca al público un espectáculo moral y repugnante que le inspire sentimientos de ferocidad.

La sociedad, al castigar al asesino, no se venga de él, ni hay aquello de devolverle mal por mal, ojo por ojo y diente por diente. La sociedad impone la última pena con parsimonia, sin saña, sin ira, y la impone al último crimen, y no mas que al último crimen; y no la ejecutan en la forma y con las circunstancias repugnantes y bárbaras que el crimen se cometió. No mata á puñaladas al asesino, no le mutila ni le maltrata, como él tal vez mutiló y maltrató á su víctima; principia en la capilla por prodigarle los consuelos de la religión; le permite todos los consuelos humanos que su situación consiente, y hace por mitigar su dolor, inspirándole en aquel supremo instante la fortaleza y la resignación.

Y si es verdad que el pueblo acude en tropel á presenciarse la ejecución de un reo de muerte, es que el pueblo acude con avidez á todos los espectáculos que le conmueven. Somos en esto de la opinión del ilustre Balmes.

Todo lo que sucede fuera de lo comun y ordinario, excita fuertemente la imaginación del hombre, y le arrastra, y le ofusca, y le seduce. Asiste con placer al teatro y se interesa vivamente en la representación de la tragedia y de los dramas mas pavorosos, y llora y rie con los personajes ideales que el poeta pone en escena. Concorre al circo de gladiadores romanos, y aplaude con furor al que mas gallardamente da ó recibe la muerte. Asiste á la lucha brutal de los atletas, y siente una especie de frenesí por las corridas de toros, y la soberbia estampa de la fiera, y el valor de las suertes le enardecen; mas si en esta lucha de la inteligencia y del arte contra la fuerza bruta amenaza una catástrofe, ó se realiza desgraciadamente, ese mismo pueblo protesta con un grito de dolor y de espanto de sus simpatías generosas, de los nobles sentimientos de su pecho.

El fenómeno se reproduce á la presencia del patíbulo. El pueblo acude en tropel y compadece al desdichado en el instante de la ejecución, y llora con él y pide á Dios que le perdone; pero un instante despues sucede á este sentimiento la reflexion, y el pueblo no ve ya en el patíbulo mas que la justicia de Dios cumpliéndose sobre el culpable. Todavía le compadece, si; pero la simpatía activa y permanente que el terrible espectáculo imprime en su alma, no es ya para él, es para la víctima infeliz de su crimen.

Lo que no hemos de negar á la escuela abolicionista, es el principio de la inviolabilidad de la vida humana; pero tambien es inviolable la libertad, porque el hombre no puede cumplir su destino en la tierra, sino en el pleno y libre ejercicio de todas las facultades de su ser. De donde se desprende que este pobre argumento de los adversarios de la última pena, sometido al análisis, no resiste á un momento de reflexion. Porque no es posible salir de este dilema. Se acepta ó no se acepta en absoluto el principio. Si se acepta, que no se suprima solo la pena de muerte; que se suprima tambien el Código penal, y que se cierren las cárceles y los establecimientos penitenciarios, puesto que en todos se secuestra la libertad individual; que el poder deje de ser el amparo de los débiles contra los fuertes: que volvamos á la barbarie primitiva, á la venganza personal, y que cada cual se defienda como pueda; y que todo, la vida, la

fortuna, el honor, la familia, la propiedad, los intereses mas caros, los derechos mas santos, todo quede á merced de la audacia y de las malas pasiones; pero entonces sobra tambien el Estado, y que se suprima para dar gusto á esos sonámbulos de nuestra edad.

Por fortuna el principio en absoluto es absurdo, y su invocación solo prueba el desconocimiento mas completo de la teoría social.

La sociedad no es la obra de las convenciones humanas. Es un hecho primitivo, necesario, fatal y contemporáneo de la humanidad; y el poder que la simboliza y la guía y la defiende, es otro fenómeno natural que surge espontáneamente del hecho social, sin que en ello intervenga la voluntad del hombre; que si vive en esa vida de participación y comunicación con sus semejantes, no es por su consentimiento, sino porque la sociedad es la ley de su ser, como que fuera de ella no cabe el desarrollo de las múltiples y variadas condiciones que la determinan.

Esta teoría del contrato social, que supone que los hombres se reunieron en sociedad por un acuerdo comun, en el que cada cual renunció una parte de sus derechos naturales para conservar en comun los que se reservaba, es una doctrina que algun día hizo fortuna en el mundo; pero que los hombres pensadores escuchan ya con un merecido desden.

El poder no es la suma ni la resultante de las voluntades individuales de los habitantes de un Estado.

El poder surge de las entrañas de la sociedad, como la planta de las entrañas de la tierra; y el Estado es una alta personalidad jurídica, con su esencia propia y con los atributos que la constituyen. No existe por un acto de la voluntad de los individuos que la forman, no es simplemente una delegación; y entre sus mas altos atributos está el derecho y el deber de castigar á los delincuentes hasta con la última pena, como es otro de sus derechos el de mandar á sus soldados en la guerra á dar y recibir la muerte. (1)

Es, por tanto, un resabio, no mas que un resabio, de la teoría del contrato social, ese argumento que se forma contra la pena de muerte, fundándose en que el primer deber del hombre es el de su conservación, y que si él no tiene el derecho de matarse y el de renunciar á su vida, mal ha podido ceder á la sociedad el derecho de que se la quite.

Ciertamente, el primer deber del hombre es el de su conservación; es un deber religioso y moral; es tambien el primero y el mas poderoso de sus instintos.

Todo esto es verdad; pero no es el mas alto de los deberes humanos. El deber mas alto del hombre es la virtud, es el cumplimiento de sus deberes morales y el mantenimiento de su dignidad personal; deber religioso tambien, noble y poderoso instinto, á que muchas veces hace el sacrificio de su vida, con aplauso universal. Una madre perece por salvar á sus hijos de un incendio ó de otro peligro inminente; el soldado se bate y muere por la gloria de su bandera; los mártires del cristianismo morian por su fe; los héroes mueren por su patria, y estos altos ejemplos de sublime abnegación y de sacrificio los honra y ennoblece la historia, los santifica la conciencia y no los condenan la religión y la filosofía.

Y despues de todo, ¿qué es lo que se propone la escuela abolicionista en reemplazo de la última pena? ¿Qué proponian las comisiones de constitucion y legislación criminal de la Asamblea nacional francesa en un brillante informe redactado por M. Lepelletier?

« La exposición del reo por tres dias sobre un tablado en la plaza pública, atado á un poste, con los grillos y cadenas que debe llevar durante la condena, y con un cartel á su espalda que exprese su nombre, su crimen y el castigo que se le ha impuesto. — La privación de todos los gozes del cuerpo. — La privación de la vista del cielo y de la luz en un calabozo. — El encierro solitario y la incomunicación absoluta. — Pan y agua por todo alimento y unas pajas secas para su lecho; y por último, la exposición mensual del condenado con su cadena á la vista del público. »

Tales ó parecidos son los medios que en reemplazo de la última pena ha propuesto siempre la escuela abolicionista. Es decir: en todo caso el encierro solitario y perpetuo, la incomunicación absoluta del condenado con su familia, del hombre con el resto del mundo, los trabajos forzados y duros, y por término de tantos sufrimientos la muerte lenta, pausada y cruel del penado, el suicidio ó la desesperación, la imbecilidad ó la demencia, la degradación física y moral de su ser; y si esto es así, en esta terrible alternativa no es lícita la duda, ni siquiera la vacilación para elegir y decidirse, y por mi parte tengo elegido. — Para hacer morir á un hombre en justa expiación de sus crímenes, puede tener derecho la sociedad, y la verdad es que le ha ejercido constantemente, sin que se haya sublevado la conciencia pública; para embrutecerle, para envilecerle y degradarle, nunca.

He dicho.

(1) No hay que confundir la noción del poder con su organización, que es variable como lo es la forma de gobierno.

Las elecciones de presidente

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

El general Grant ha sido reelegido presidente de los Estados Unidos.

El día 3 del actual se abrió en los Estados Unidos el primer escrutinio para la elección presidencial. Con arreglo á la Constitución americana, esa elección da lugar á dos operaciones. Cada Estado de la Union elige primero un número de compromisarios igual al de senadores y representantes á que el Estado tiene derecho en las Cámaras. Los compromisarios elegidos se reúnen un mes despues en sus Estados respectivos, y eligen, en votación secreta, un presidente y un vicepresidente, de los que uno, al menos, no debe ser vecino del Estado que le nombra.

Hecha esta última operación, se procede á hacer constar los votos que han tenido todas las personas designadas para la presidencia y vice-presidencia, y esa acta, firmada y certificada por los electores, se envía sellada á la residencia del gobierno de los Estados Unidos, al presidente del Senado y de la Cámara de representantes.

Esta vez, como de costumbre, ha precedido á la elección un periodo de agitación, durante el cual el país entero parece sumergido en una especie de fiebre delirante. La lucha de los partidos no siempre tiene efecto con armas leales, y los diarios americanos nos traen extrañas revelaciones sobre los medios empleados en ciertos colegios electorales para asegurar el triunfo del presidente actual.

En los dibujos que sobre el asunto publicamos se trata de las elecciones hechas últimamente en el Estado de Pensilvania, y para las cuales el partido republicano llevó á Filadelfia miles de aventureros reclutados por todas partes, y que votando con nombres supuestos, aseguraron la reelección de un gobernador adicto á la candidatura del general Grant.

De todos modos, este ha triunfado, como hemos dicho, por una gran mayoría, y su competidor, Horacio Greeley, ha vuelto á tomar la dirección del periódico *la Tribuna*. A. M.

Servicio llamado de las Pompas fúnebres

EN PARIS.

(Véase el número anterior).

II.

La administración de las Pompas fúnebres tiene su oficina central en la calle Alibert, número 40. Allí se encuentran, en el cuerpo principal del edificio, las oficinas de la Inspección, las del regidor, la contabilidad y la caja; en el patio: los grandes carros de colgaduras (*corbillards*) de todas clases y los humildes vehiculos destinados á los entierros gratuitos; á los lados los almacenes de las colgaduras; luego las caballerizas, los talleres de costura; el vestuario de los cocheros; y en el fondo la albeitería, y por último, los pajares.

Aquí vienen todas las tardes á las cuatro los agentes delegados por las Pompas fúnebres en las alcaldías de Paris, con los pedidos del día y el dinero recibido. Inmediatamente se dispone el servicio para el otro día; se expiden las órdenes oportunas, y cada cual pone manos á la obra, pues la preparación de tantos entierros ocupa á mucha gente toda la noche.

El establecimiento de la calle Alibert atiende á las necesidades de la parte de Paris que está á la derecha del Sena; para la otra hay una sucursal instalada en el boulevard de Vaugirard, número 15.

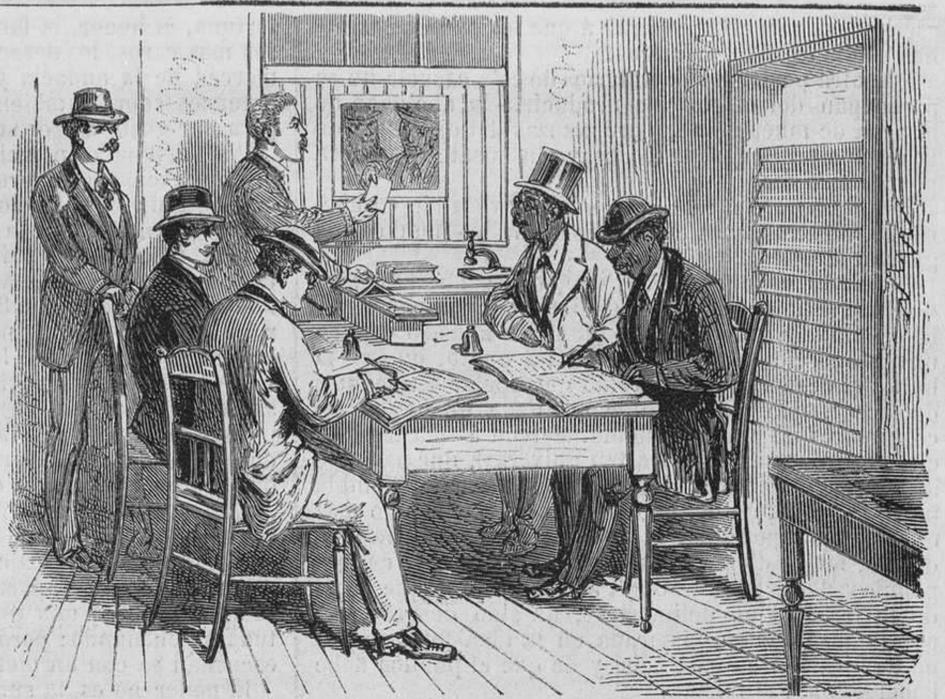
La empresa de las Pompas fúnebres fabrica por sí misma casi todo lo que emplea, y la importancia y naturaleza de su material hace indispensable un cuidado metódico y continuo. De aquí sus muchos almacenes, talleres y depósitos: en una parte hay cocheras supletorias para los carros, en otra almacenes para la provision de tablas con que hacen las cajas; en otra, la carpintería mecánica en donde se opera la transformación; hay lugares separados para los carruajes, para los arreos de los caballos, para los caudelabros, etc., etc.

Todo esto, sin contar lo que omitimos, se reparte entre tres dependencias situadas en las calles Alibert, 24, Claude-Villefosse, 32 y de la Chopinette, 29. A pesar del mucho orden que hay en esta adminis-

(1) Je demanderai á M. Girod de l'Asin s'il entend appliquer le projet de loi d'une manière absolue á l'armée. Car, je le déclare, s'il en est ainsi, il n'y a pas moyen de commander l'armée. Si un soldat placé aux avant-postes déserte, et qu'il soit pris, on ne pourrait donc le faire fusiller? — (General Lamarque en la Asamblea nacional francesa).



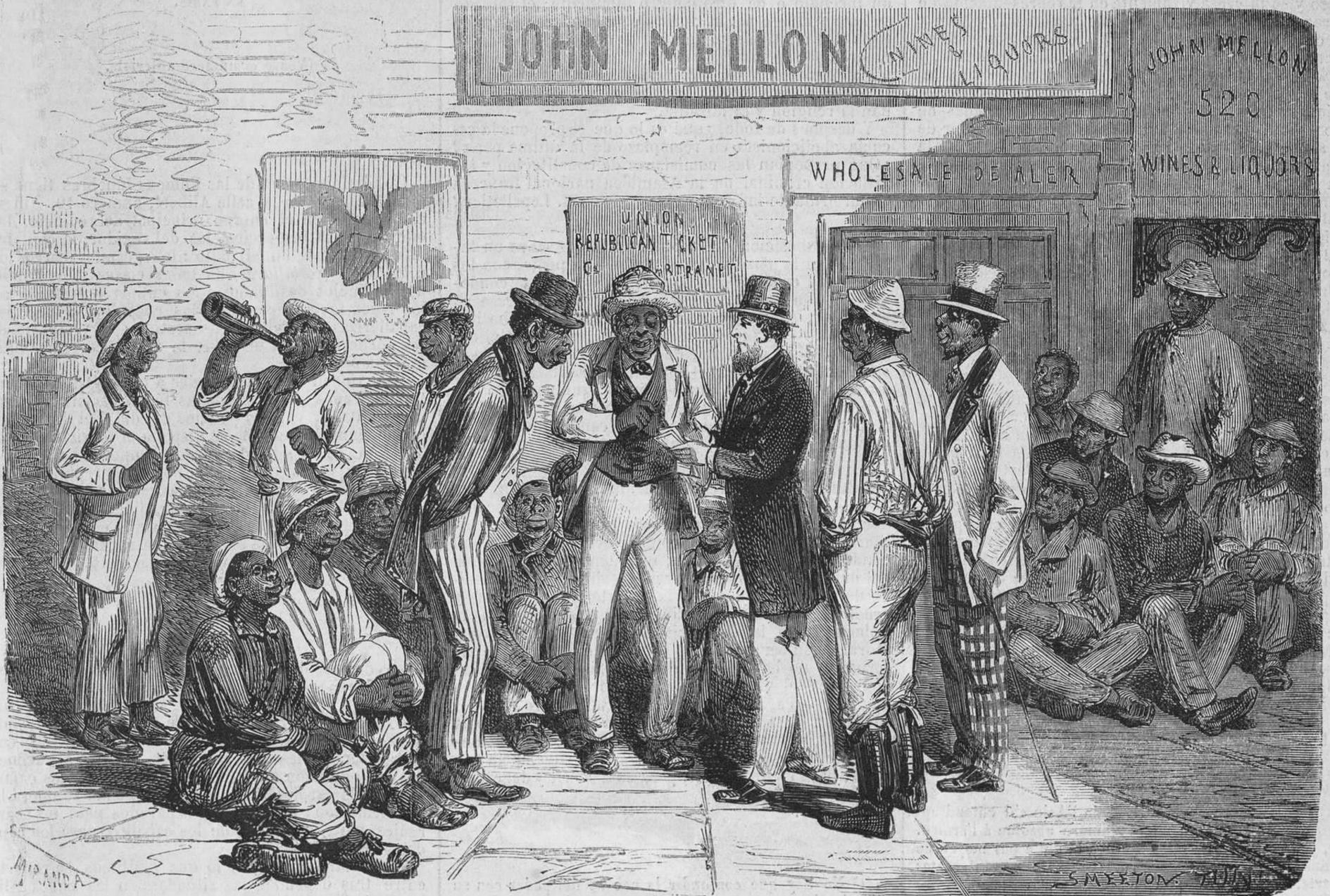
M. Greeley en excursion electoral.



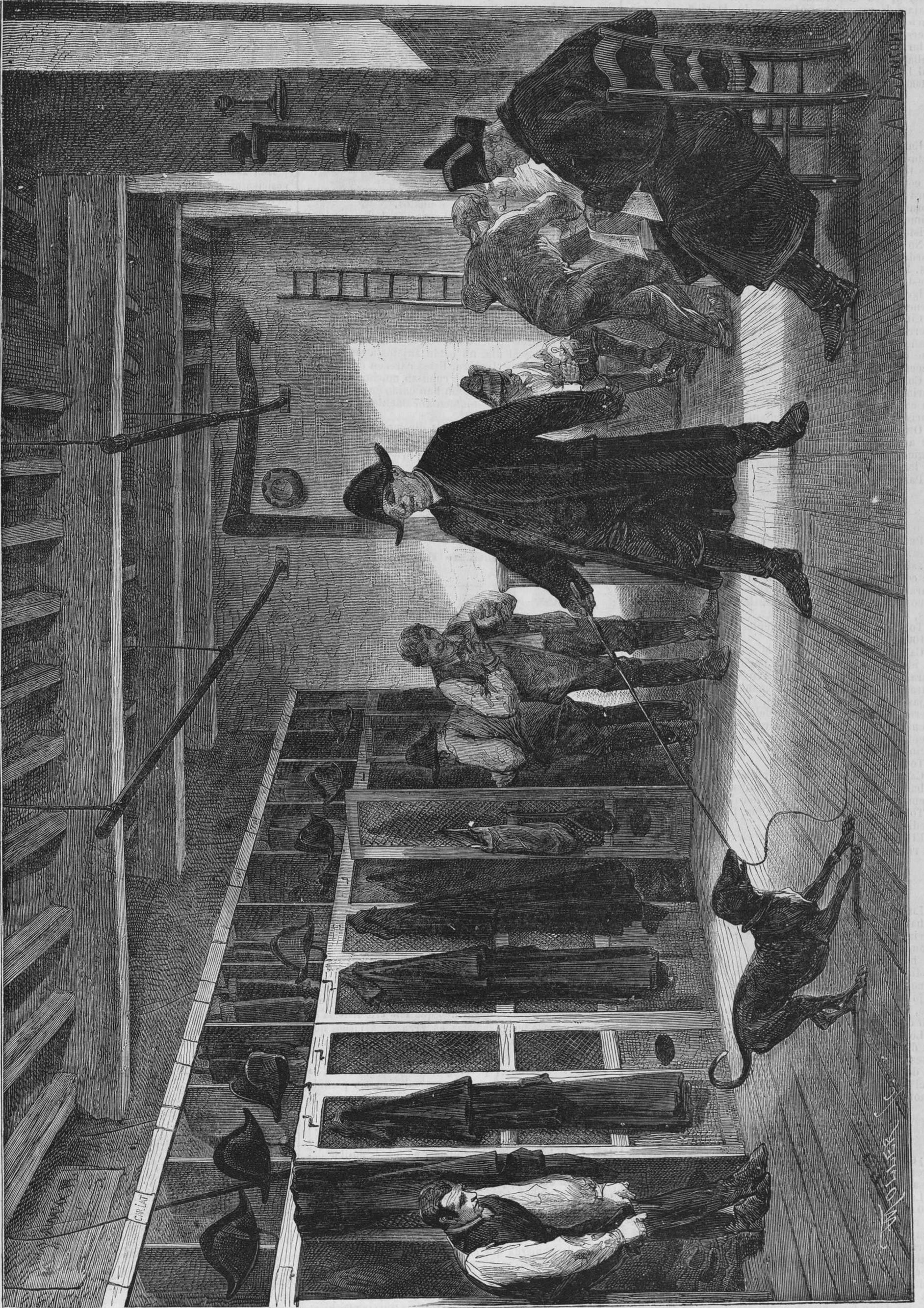
Aspecto interior de una seccion electoral.



Llegada de los repeaters (electores fraudulentos) á Filadelfia.



ASPECTO INTERIOR DE UNA SECCION ELECTORAL. — La policia sobornando negros para que voten en favor del partido del general Grant.



TIPOS Y FISIONOMIAS DE PARIS. — Vestuario de los cocheros empleados en el servicio de las Pompas fúnebres.

tracion, esa dispersion produce inconvenientes que tratan de remediarse. Con efecto, la villa de Paris hace construir actualmente en la calle de Aubervilliers, número 106, un inmenso establecimiento donde estarán centralizados todos los servicios, y que se hallará concluido el año próximo. El consejo municipal ha abierto un crédito para esta construccion, de 4.000,000 de francos.

*
**

Entre las actuales instalaciones de las Pompas fúnebres, señalaremos la sala en donde están reunidos los tipos de todos los accesorios que están en uso; es el conservatorio de los modelos y el taller de pintura para la ejecucion de los blasones, donde en algunas horas, artistas especiales se encargan de entregar el número de escudos que se necesitan para un entierro aristocrático: es el conservatorio de las vanidades.

No olvidemos el taller de costura, donde se hacen bordados muy notables para los grandes ceremoniales. Es de notar el gusto que preside ordinariamente á estos ornatos, los cuales deben armonizarse con las exigencias arquitectónicas de las iglesias en donde tienen lugar las honras fúnebres.

Citaremos tambien los grandes almacenes que encierran las cajas, que ponen en filas, por orden de tamaño. Hay regularmente mas de diez mil féretros en qué escoger, y por lo tanto no se presenta caso que necesite la confeccion inmediata de una caja.

Conocida la estatura del difunto, envian á la casa varias cajas graduadas para elegir la que se necesita, en carruajes á mano bien cerrados, que circulan por Paris sin que nadie pueda adivinar su contenido.

Otro detalle: en el fondo de toda caja hay una capa de aserrin de madera perfumado y rociado de ácido fénico, con arreglo á una fórmula invariable, aun para los pobres. Higiene y salubridad.

Pasemos ahora á las cifras.

*
**

PERSONAL. — Inspeccion, administracion, arquitectura, funcionarios ó empleados, 40; — cocheros, 120, á saber: 85 para los entierros y 35 para los carros de colgaduras; — portadores, 270; — para las colgaduras, 40; — palafreneros, 25; — carpinteros, mecánicos, etc., 35; — tapiceros, hombres, 15; mujeres, 40.

Total del personal: 585 agentes; idem del sueldo, 1.100,000 francos.

CARRUAJES. — Carros para el servicio gratuito, 120; — idem para el servicio de pago, 110; — angarillas para el transporte de niños, 120; — carros de colgaduras, 40; — carretones de mano para entregar las cajas, 30; — berlinas de luto, 110; — coches para el clero y la familia, de un modelo especial, exclusivamente reservado á los entierros de 1ª clase, 10; — idem para el servicio de las « importaciones y exportaciones, » 30.

Total de los carruajes: 570.

CABALLOS. — Normandos é ingleses negros, 210; — caballos blancos para los difuntos solteros, 20; — idem de color para los carros de colgaduras, 40.

Total aproximado: 270 caballos. Precio por término medio, 1,000 francos.

El valor total del material se eleva á TRES MILLONES DE FRANCOS.

*
**

En un entierro ordinario se emplea un carro de dos caballos y su cobero, cuatro portadores y un número variable de coches de luto. Se calculan tres inhumaciones por día, por hombre, caballo y vehiculo. Ahora bien, con los recursos de que dispone y los que podia improvisar, la administracion hacia frente á las necesidades excepcionales de 600 defunciones diarias, bajo la condicion de que haya regularidad en sus horas, como está mandado: 9 de la mañana, 12 del dia y 3 de la tarde, lo cual no se realiza nunca.

Los recursos que es posible improvisar, consisten en dos principales: en doblar el número de los tiros, pues los carros están contruidos de modo que en caso de necesidad pueden marchar con un solo caballo; y el alquiler de caballos, cocheros y portadores extraordinarios.

*
**

¡Cocheros y portadores! Hé aquí, entre todos los agentes de las Pompas fúnebres, los tipos mas interesantes, las fisonomias mas populares.

Los cocheros tienen un sueldo fijo que varia de 100 á 115 francos por mes. Entre los portadores, 80 se reparten en sus alcaldias á razon de 4 por cada una; tienen 1,200 francos anuales, y los demás 1,100. Portadores y cocheros están vestidos por la administracion y les afeitan y peinan todas las mañanas. Se frecuentan poco entre sí; el cobero desdeña al portador, que se emplea en mas humildes funciones. En las salas están como en su casa; allí pasan los ocios que les dejan los entierros, allí les llevan la comida, allí juegan, leen y duermen. (Véanse nuestros dibujos).

Nada mas curioso que el aspecto de esas vastas salas en las horas matutinas. A las seis debe encontrarse allí todo el personal, y llegan por cuadrillas, con los vestidos mas extraños, la gorra ladeada y el zapato lleno de lodo: ahí está ya el regimiento de la *Señorita de la guadaña*. Comienzan á abrir armarios y á sacar ropas. Vienen los barberos, y se opera la transformacion: ya están los hombres vestidos para la fúnebre ceremonia.

Cuando se piensa en el carácter lúgubre de este servicio, se creeria que los hombres han de estar dominados por la mas profunda tristeza; pero nada de eso, están acostumbrados á la desesperacion de los duelos, como los cirujanos á los gritos del paciente. Sin embargo, en su servicio no cometen ninguna inconveniencia.

Los cocheros son viejos por lo comun, en tanto que los portadores son jóvenes y robustos.

¿De dónde salen? Los cocheros, de todas partes; dejan su oficio, que mañana volverán á tomar, si les acomoda. En cuanto á los portadores, es distinto. La administracion los elige con preferencia entre los militares cumplidos, porque son mozos acostumbrados á la disciplina que se necesita en su nuevo empleo. Así sucede que en los últimos veinte años no han dado un solo motivo de queja de las familias por causa de robo. Y por cierto, no les faltan ocasiones. ¡Cuántas veces se quedan solos en el cuarto mortuario!

Los portadores suplentes no ofrecen iguales garantías. Alquilados al día, no están sujetos á las buenas influencias de la costumbre. Estos carecen de oficio y de beneficio. Entre ellos se cuentan muchos estatuarios que de ilusion en ilusion han caido en la fabricacion de lápidas, y que momentáneamente se encuentran sin trabajo.

Del lenguaje profesional nada diremos, porque es á la verdad demasiado pintoresco. Quizá otro dia completemos estos datos con algunas lineas de estadística.

F. D.

Revista de Paris.

El miércoles último fué un gran dia en Versalles. La Asamblea nacional celebraba su tercera sesion despues de las vacaciones de tres meses de que ha disfrutado, y como se sabia de antemano que el presidente de la República debia leer su mensaje, las grandes notabilidades del mundo oficial, el cuerpo diplomático y todas las personas que habian conseguido billetes de entrada, asistian al acto solemne, que no ha engañado, por cierto, las esperanzas de los que se prometian grandes emociones.

Ya hemos dicho antes de ahora que se atribuian al gobierno planes de reformas constitucionales que debian dar por resultado la consolidacion de la República, que de hecho existe en Francia, sean cuales fueren las salvedades que la mayoría monárquica de la Asamblea ha querido introducir en lo que se llama el pacto de Burdeos, corregido y aumentado por la proposicion Rivet; pero llegó el caso de abrirse de nuevo la legislatura, los diputados de las diferentes fracciones celebraron reuniones preparatorias, y visto el espíritu que reinaba en la mayoría, mas hostil que nunca á la República, se insinuó, por los que se dicen informados de lo que pasa en las regiones oficiales, que el presidente habia modificado su mensaje en la parte política, y que lo mas que haria seria dejar encomendada la mision de las reformas á la iniciativa parlamentaria.

Ahora bien, no ha sido así: M. Thiers ha afirmado la existencia de la República y la necesidad inmediata, urgente de consolidarla, añadiendo que solo este sistema de gobierno puede hoy plantearse en Francia, á menos que no se quieran arrostrar los inevitables peligros de una guerra civil, cuyas consecuencias serian incalculables.

El presidente toma, pues, á su cargo la cuestion, la presenta á la Asamblea, y exige su solucion sin pérdida de tiempo, como una medida de salvacion que espera la Francia de sus representantes.

Apenas han transcurrido algunas horas desde que M. Thiers hizo estas declaraciones en Versalles, y por lo tanto, á la hora en que escribimos, no nos es posible decir cuál será la impresion que causarán en la prensa y en la opinion pública; pero lo que sí podemos decir es la que han causado dentro de la Asamblea, y que nuestros lectores comprenderán fácilmente, teniendo ya noticia del grado de exaltacion á que han subido en el seno de la representacion del país las pasiones políticas.

Toda la izquierda que comprende el centro izquierdo, la izquierda propiamente dicha, y el extremo izquierdo, ó lo que se llamaba antiguamente la montaña, aplaudió con delirio la claridad de aquellas declaraciones, en tanto que la derecha, repartida en tres fracciones correspondientes á las otras, interrumpió repetidas veces la lectura del discurso

presidencial con palabras que no constan en su mayor parte en el extracto de la sesion, y que, sin embargo, resonaron con igual fuerza que los aplausos de los republicanos.

Cuando M. Thiers habló de la necesidad de dar fuerza á la República, diferentes miembros de la derecha protestaron, unos diciendo que no quieren la República, otros invocando el pacto de Burdeos, otros recordando al presidente sus juramentos monárquicos.

Las crónicas de Versalles añaden que concluida la lectura del mensaje, que produjo una agitacion indecible de mas de veinte minutos, M. de La Rochefoucauld, duque de Bisaccia, se abalanzó á la tribuna gritando: ¡Es una infamia!

Esta hostilidad imponderable tomó forma en una proposicion presentada por M. de Kerdel para que se sometiera á exámen el discurso que acababa de oirse, proposicion que, por influencia del presidente, se modificó despues, pidiendo que se nombre una comision para que presente á la Asamblea nacional un proyecto de contestacion al Mensaje.

M. Thiers vió lo que vieron todos, un voto de censura contra sus palabras, y se apresuró á maniobrar con su consumada habilidad para deshacer la tormenta que se aglomeraba sobre su proyecto de consolidacion de la República. Dijo que aceptaba la proposicion, porque deseaba el juicio de la Asamblea y del país, estando dispuesto á inclinar la cabeza ante la mayoría de la Asamblea y ante la mayoría de la Francia.

Sin embargo, sus sostenedores no le siguieron, lo cual habria seguramente quitado mucha fuerza al espíritu de la proposicion; se declararon en contra y la derecha quedó triunfante.

Existe pues, una mayoría en la Cámara y una mayoría hostil al gobierno y á la forma republicana.

Pintada esta situacion, parece ocioso añadir que estamos en vísperas de sucesos graves.

Pero ¿es tan imposible una transaccion, como por ejemplo, la de dejar las cosas en el estado en que se encuentran, si no se puede llegar á un acuerdo para fundar un gobierno definitivo? No lo creemos y esta creencia nos infunde la esperanza de que se evitará el escollo en estos momentos, en que tanto se necesita la paz para que continúe la obra de reorganizacion comenzada y seguida hasta aquí con los mas asombrosos resultados.

Efectivamente, haciendo abstraccion ahora de la parte política del Mensaje, ¡qué cuadro nos ofrece este documento de la situacion económica de la Francia! Los recursos de este país son inmensos.

M. Thiers hace constar, con una emocion altamente patriótica, la prosperidad financiera y comercial, de una nacion que ha sufrido en tan corto tiempo tan grandes calamidades, desastres inauditos que habrian arruinado á cualquiera otra potencia.

Largos son estos pormenores; pero extremadamente interesantes.

Hé aquí cómo aparecen en resumen:

« Acabamos de daros á conocer exactamente, dice el Mensaje, la verdadera situacion del país y nos hemos extendido sobre su situacion financiera y comercial, porque es la que importa mas á nuestro crédito y porque el crédito constituye al lado de nuestro ejército que se reorganiza con singular prontitud, los dos elementos de nuestro poderío. Así, despues de la guerra mas desgraciada, despues del hundimiento de un trono que se habia creído sólido, la Francia ha visto todas las naciones presurosas para ofrecerle sus capitales, su crédito mejor sentado que nunca, 8,000 millones pagados en dos años, la mayor parte de esas sumas trasportadas fuera sin turbacion en la circulacion, el billete de Banco aceptado como dinero, los impuestos aunque aumentados en un tercio, satisfechos sin ruina para el contribuyente, el equilibrio financiero restablecido ó próximo á estarlo, 200 millones consagrados á la amortizacion y la industria y el comercio aumentando en mas de 700 millones en un solo año. »

Con razon puede añadir M. Thiers que estos resultados prueban evidentemente la vitalidad del país, cuando en él reina el orden.

Sí, el sosiego es la vida de todas las naciones y principalmente de la Francia. ¿Qué seria de Paris sin esta perspectiva? Paris, la ciudad del lujo y los placeres, no puede existir sin el sosiego, que atrae aquí á propios y á extraños, en tanto que la menor perspectiva de agitacion ahuyenta á esa poblacion flotante que constituye su riqueza.

Por eso, hoy que Paris vuelve á su estado normal, que abundan en él los extranjeros, que el comercio se queja menos cada dia, que las fiestas públicas, los teatros vuelven de lleno á su antigua animacion, toda turbacion seria verdaderamente una catástrofe, y queremos alejarla de nuestra mente.

A propósito de teatros diremos que esta semana tenemos que dar cuenta á nuestros lectores de una de esas producciones lírico-grotescas, cuyas representaciones se cuentan por centenares.

Está visto que en los teatros parisienses el que se dedica á este género de nueva invencion es el que tiene mas

segura la victoria. Rara es la pieza de esta clase que queda desairada.

El asunto elegido es una parodia de la célebre historia de los amores de *Eloisa y Abelardo*.

Tal es el título de la pieza en cuestión, opereta en tres actos, escrita por MM. Clairville y Busnach, música de Littolf.

Hé aquí, pues, el personaje Fulbert instalado en su casa histórica, cuya tienda es una barbería, punto de reunión de los estudiantes del barrio.

Fulbert está pensando en completar la educación de su sobrina Eloisa, y con este objeto fija su atención en un doctor célebre, que tiene revuelta la Universidad con sus doctrinas.

Es Abelardo.

La guerra que se le hace es terrible; tanto, que se ha podido arrancar á la autoridad una orden de prisión contra el profesor de ideas subversivas, y los encargados de ejecutarla espían el momento oportuno, que no tarda en presentarse.

Eloisa, sin conocer á Abelardo, se siente ya inclinada hácia el hombre cuya fama se ha extendido en París, y aumenta su interés la noticia de que le buscan para llevarle al encierro del Chatelet los arqueros del gran preboste.

Entre tanto los estudiantes se han puesto en revolución. ¿Cómo no aprovechar el incidente para desertar los bancos de las aulas y hacer de las suyas en las calles?

Con efecto, debemos decir que le aprovechan bien, y que por donde pasan dejan señales.

Hélos aquí en la barbería, mandados por el rey de las Escuelas, cuyo título declara cuáles son sus disposiciones para las travesuras y la holganza.

Eloisa se encuentra con la hermosa mujer del barbero en la tienda cuando aparecen los estudiantes, y tenemos aquí una escena de requiebros, que exige la intervención de la guardia consagrada al mantenimiento del orden público.

Mas apenas aparecen los soldados, la estudiantina levanta el campo á toda prisa, jurando sin embargo que no estarán tranquilos hasta que Abelardo continúe su enseñanza.

En este tumulto aparece Abelardo.

¿Cómo se va á librar de sus perseguidores? Justamente se encuentran bien á punto para llevarse.

Eloisa, que al verle ha descubierto el ideal de sus sueños, imagina una estratagema de sainete.

Es un parroquiano que se está afeitando.

Los soldados le hallan con el jabon hasta las narices, y á Eloisa con la navaja de afeitar; pero le reconocen no obstante, le prenden y le entregan á los hombres azules encargados de los delincuentes de su clase.

Ahora bien, esos hombres azules, una vez lejos los soldados, arrojan los disfraces y se presentan tales como son en realidad, estudiantes amigos de Abelardo.

El rey de las Escuelas ha jugado esta mala pasada á la justicia, en favor del profesor á quien tienen un cariño entrañable.

Tal es el fin del primer acto.

En el segundo vamos á saber por qué Fulbert se opone al casamiento de los amantes.

Existe un testamento de una anciana tia de Eloisa, que le promete á él una pingüe fortuna si la jóven no se casa.

Naturalmente, el tío entra en furor contra el profesor que quiere arrancarle aquella riqueza, le arroja de su casa, y decide que en lo sucesivo Eloisa no volverá á tomar lecciones de nadie.

Abelardo vuelve disfrazado, porque en este argumento las máscaras se renuevan sin cesar; y Fulbert, que está al corriente de todo, gracias á un sistema ingenioso de espionaje constante, medita su venganza.

Ahora bien, el hombre de que se vale es cómplice de Abelardo, y á pesar de todas sus intrigas, Eloisa y Abelardo aparecen unidos en santo matrimonio, cuando llega el desenlace de esta extravagante parodia.

¿Es necesario decir nuestra opinión sobre semejante argumento? No lo creemos; y además, para fundarla deberíamos entrar en detalles que hemos omitido en el ligero análisis que precede, porque no todo lo que se oye y se ve en estas piezas del nuevo repertorio parisiense es para traducido en otros idiomas.

Nuestra tarea nos impone el deber de consignar aquí que la nueva obra llama la atención en París hasta un punto indecible, y esto basta para que señalemos su aparición, aunque lamentando de todas veras que se pongan en escena tales excentricidades.

También deploramos que un compositor del talento de M. Littolf se emplee en tales obras.

Las piezas notables abundan en su partitura, y en todas se puede admirar el producto de una imaginación tierna, sensible y delicada. ¿Cómo, pues, aplica tan recomendables dotes á dar valor á una farsa de esta especie?

La reconvencción es fácil; pero la respuesta lo es mas aun, podria decirnos el maestro: escribiendo para tales producciones se logra provecho si no gloria, y en el día la literatura, lo mismo que las artes, tienen que lisonjear

el gusto del público si no quieren perecer extenuadas.

M. Littolf es un hombre de conciencia en su arte, desoso de trabajar por su buen nombre; pero ese trabajo severo adecuado á sus inclinaciones es poco menos que estéril, en cuanto á lucro, y ha debido ensayarse en otro género: en el de *Eloisa y Abelardo*. Para primera obra se ha puesto á un nivel verdaderamente extraordinario.

Los actores y actrices rayan también á mucha altura en el desempeño de esta elucubracion tan admirada, distinguiéndose Madama Geoffroy en el papel de Eloisa, y Paola Marié en el de la mujer del barbero. Son entrambas excelentes cantantes y actrices de mérito.

En el teatro Francés se ha puesto en escena una producción de otro género.

Es una de las obras mas notables del Alejandro Dumas de los buenos tiempos, *Mademoiselle de Belle-Isle*, que, si mal no recordamos, está traducida al español con el título de *las Colegiales de Saint-Cyr*.

De tiempo en tiempo aparece esta obra en el repertorio, y siempre con feliz éxito.

Esta vez es digna de señalarse su aparición, porque trabajaba por primera vez en este teatro Mlle. Sarah Bernhardt, que, no obstante los recuerdos imperecederos que han dejado en el desempeño del mismo papel las principales actrices que ha habido en Francia, ha sabido hacerse aplaudir con toda justicia. Es una actriz simpática cual ninguna, y los aplausos la siguen por todas partes.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LA NOCHE EN EL CAMPO.

Á JOAQUIN ALVAREZ DE TOLEDO.

¡Qué hermosa noche! desde el alto cielo
Lúces derrama la argentada luna,
Y en los arroyos que en las selvas corren
Sus tibios rayos con placer fulgura.

Tímida el aura respirando aromas
La copa de los árboles columpia,
Y en el follaje secular del bosque
Vago concierto al parecer modula.

La flor que entreabre su corola hermosa
El ancho campo con amor perfuma,
Y con su puro y deleitoso encanto
El padecer del corazón endulza.

Como topacios y esmeraldas lucen
Claros estrellas que á la tierra alumbran,
Y al pensamiento á meditar convidan
Y de placeres á la mente ofuscan.

De sombras mil fantásticas se puebla
El hondo valle que la luz circunda,
Y semejan magníficos paisajes
Las aguas de la fuente en la llanura.

Y es bello divisar el manso río
Las vaporosas y flotantes brumas,
Y la música oír de la corriente
Que se apercibe en soledad profunda.

En cada hoja que la brisa mueve,
En cada ruido que do quier se escucha,
En las luces, las sombras y en la esfera
Se descubre de Dios la mano augusta.

Dios que dió al orbe movimiento y vida
Y con signos de amor todo lo inunda,
Que con solo querer formara el mundo,
Dióle á la noche galas y hermosura.

Por eso el alma á su Creador se eleva
Y sus arcanos insondables busca,
Nada comprende, pero ve sus obras
Y embebecida las contempla y juzga.

Por eso entono en soledad remota
Flébiles cantos que mi voz modula,
Ecos perdidos que remedan fieles
Los pensamientos que en la mente cruzan.

Lejos del mundo, recogida el alma
Rinde al Eterno su obediencia muda,
Y en tí ¡oh noche! la esperanza encuentra
Puras delicias que el gozar anuncian.

Madre del llanto, del dolor amiga,
Quizás consuelo en la fatal fortuna,
Muestras al hombre la eternal morada,
Lágrimas tristes cariñosa enjugas.

Con tu poder revives las memorias
Que en el sudario del olvido luchan,
Y con vistosas formas las presentas,
Disipando tal vez la desventura.

Y parece que vagan confundidas
Bellas visiones en tu sombra adusta,
Que vienen á hermohear esos ensueños
Que la esperanza deleitable busca.

Y aparece tal vez de la que amamos
Entre nubes fantástica figura,
Que de su amor con sus sonrisas habla
Y con halagos la existencia endulza.

Y viene el amigo cariñoso
La imágen que quizás el día oculta,
Y escuchamos su plática sabrosa
Y nuestro amor con su fineza adula.

Tal vez el leve ruido que se siente
Y que á imitar los vientos se apresuran,
Es la oracion que nuestra madre eleva
Por nuestro bien al Dios de las alturas.

Consuelo del que llora ¡oh dulce noche!
Tú con tu imperio la razon subyugas,
Y las penas mas hondas de la vida
Con tu manto brillante las circundas.

Y yo que vivo mi apartada vida
Sin ser que me ame ni esperanza alguna,
A tí mis preces en mi canto envío
Y gustosa mi alma te saluda.

INSTABILIDAD.

SONETO.

¿No ves, Laura, esa flor pura y lozana
Que los vientos perfuma bondadosa,
Y que el alba que asoma misteriosa
Con su lluvia de perlas engalana?

Luego verás, pasada la mañana,
Cómo agita su cáliz temerosa,
Y que, marchita su corola hermosa,
Pierde su encanto y su matiz de grana,

Así, Laura, no pase tu hermosura,
Y rinde el corazón á quien te adora,
Porque los años vuelan con presura,

Se pierde la belleza seductora
Con sus sueños de amor y de ventura,
Y yerto el corazón inútil llora.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHLENO).



ESCENAS DE LA VIDA INGLESA. — Una calle de los barrios pobres de Londres.

LA

Cruz de Migné.

(Copia de una estampa antigua.)

Hace mas de medio siglo la aparicion de la cruz de Migné fué objeto de un movimiento religioso en Francia, parecido al que se nota hoy con motivo de los milagros de Lourdes.

La cruz de Migné se vió un poco antes de la puesta del sol, á fines del mes de diciembre, en una pequeña parroquia de las inmediaciones de Poitiers, en medio de los ejercicios de una mision. El jubileo decretado por el Papa Leon XII acababa de dar un vivo impulso al fervor de los creyentes.

M. de Boisgiraud, profesor de fisica en el colegio de Poitiers, certificó por escrito la ve-



LA CRUZ DE MIGNÉ. — (Copia de una estampa antigua.)

racidad del hecho, lo que no impidió que se suscitara una ardiente polémica.

Nuestro dibujo es una copia exacta de una antigua estampa que representa el prodigio.

P. P.

Batalla de sabios

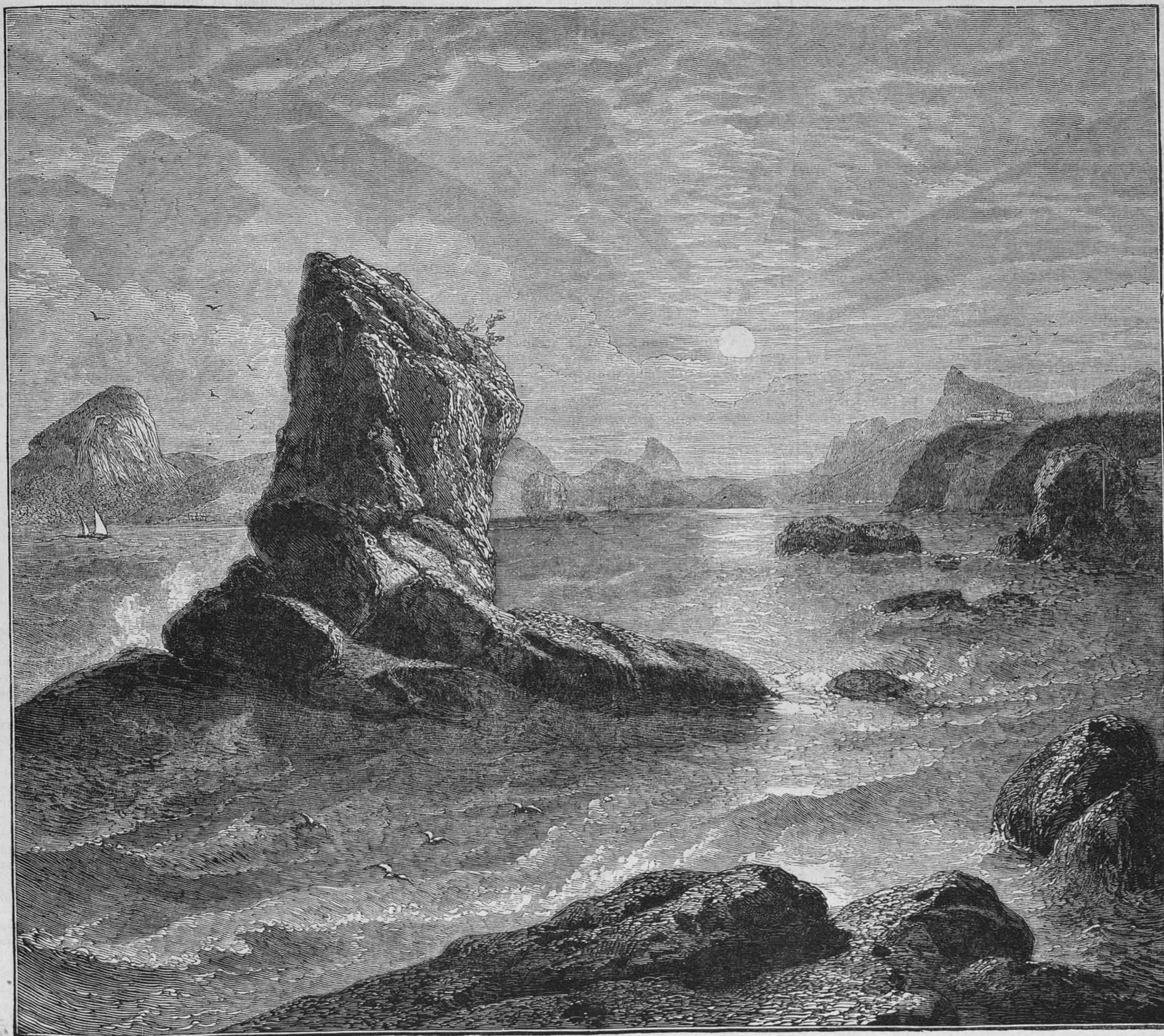
I.

CUENTO (1).

Salud, aldea insigne, casi olvidada en el ingrato siglo en que vivimos: salud, Tembleque ilustre, cuyo nombre se contiene no sé si una ó dos veces en las inmortales páginas del gran libro.

¡Oh, dichoso tú, que

(1) De la *Revista de España*.



CUADROS DE LA NATURALEZA. — La salida del sol en la bahía de Rio Janeiro.

hospedaste en tu recinto al bueno de Sancho Panza cuando vino á segar el trigo de tus campos : dichoso yo que te veo hoy tras larga y dolorosa ausencia, como veré el famoso campo de Criptana, y las lagunas de Ruidera y la cuatro veces dichosa aldea del Toboso !

Al decir esto el caballero, se quitó con la diestra mano el sombrero, mientras con la otra recogía las riendas de su cabalgadura.

Era la hora del crepúsculo vespertino ; el sol no había traspuesto ninguna colina ; no porque no las tuviese á mano, sino porque se había escondido desde por la mañana tras de una manada de ovejas de blanquitos vellones que pacían en las alturas por donde suelen caminar las nubes.

Todo esto sucedía allá por el año 17... en un día cauroso del mes de agosto.

Por ahora no necesita el lector mas datos para seguir el hilo de nuestro cuento.

El caballero se había detenido un momento á la entrada de Tembleque, pequeña aldea de la Mancha, inmortalizada por el autor del *Don Quijote* ; despues metió espuelas al caballo, y cruzando las silenciosas calles del lugar salió por otro lado al campo, tomando resueltamente el camino de Alcázar de San Juan.

Al pasar por el famoso campo de Criptana, donde aun se conservan infinitos restos de aquella raza de gigantes, que con tan poca ventura alanceó el valeroso hidalgo manchego, el viajero volvió á refrenar el paso de su caballo y otra vez se quitó el sombrero de tres candiles para saludar á los molinos de viento, cuyas aspas dibujaban en el fondo plomizo del horizonte una multitud de X monstruosas.

Tomó en seguida un atajo y castigó los ijares de su caballo, huyendo de la noche que se le venia ya encima.

Una legua habría caminado de esta suerte cuando descubrió á lo lejos otro caballero que, con paso mas reposado, avanzaba por el mismo camino. Alcanzóle á los pocos momentos, y ya le llevaba treinta pasos de ventaja, cuando oyó que le decían á voz en grito :

— ¡ Señor don Diego ! ¡ Eh, señor don Diego del Soto ! ¿ A dónde corre vuesa merced como ánima que lleva el diablo ?

Al oírse llamar por su nombre, el caballero tiró de las riendas y volvió la cabeza para ver y esperar al que daba las voces.

— ¡ Válgame Dios ! ¿ No estoy viendo á la mismísima persona de don Bartolomé de Sotillo ?

— Así me llamaba hace veinte y cuatro horas ; pero ruego á vuesa merced que ó me dé otro nombre ó no me dé ninguno cuando hable recio.

— Ya entiendo : vuesa merced no quiere volver á la mazmorra.

— Dios me libre de ella y de envidiosos.

— Y á mí con vuesa merced, ya que hemos tenido la ventura de recobrar la libertad. Pero ¿ desde cuándo andáis suelto por el mundo ?

— Desde ayer al asomar el alba.

— Yo le llevaba á vuesa merced algunas horas de ventaja. ¿ Y dónde hacéis camino ?

Sotillo vaciló un momento, y despues respondió :

— A Dios y á la ventura. ¿ Y vuesa merced ?

— Adonde la bestia quiera llevarme.

— De ese modo, repuso Sotillo, no podemos ir por el mismo camino.

— ¿ Por qué ? preguntó Soto.

— Porque yo fio mi derrotero á la voluntad de Dios, y vos lo dejáis á la elección de la bestia.

— Vuesa merced me ha convencido ; y pues son tan diversos los móviles que nos guían, cada cual eche por donde le venga en talante y voluntad.

Y diciendo y haciendo, Soto y Sotillo buscaron con los ojos senda por donde irse cada cual por su lado, y no hallándola, tomaron á galope dos barbechos y se alejaron sin decirse buen viaje.

Las diez de la noche serian, cuando el primer viajero que hemos tenido el gusto de presentar á nuestros lectores á la entrada de Tembleque llegó rendido de cansancio á Alcázar de San Juan, poblacion de modestas pretensiones geográficas en aquella época, y á quien una linea de tinta roja, trazada por mano de un ingeniero, ha colocado en el derrotero de la civilizacion.

Don Diego de Soto, ya que así se llamaba el viajero, se apeó como pudo de su cabalgadura sin que nadie acudiera á tenerle el estribo, y se entró en un meson de mala cara y peores entrañas. A la puerta se veía un cuadrilongo de carton mugriento, sujeto, á guisa de estandarte, al extremo de una vara de castaño, y en el cual se leía en letras de color indefinible y desmayado la palabra *Posada*.

Don Diego no paró mientes en el mal aspecto de la casa, y se coló como Pedro por la suya en el meson, que era, en efecto, de los peores que se han inventado en la Mancha, donde el arte de alojar incómodamente al prójimo ha alcanzado siempre el mas alto grado de perfeccion. Puso en manos de un mozo las riendas de su caballo y llegándose al posadero, que ya le salía al encuentro, le dijo :

— Huésped, voy á pedir tres cosas.

— Pida vuesa merced, señor, respondió el posadero, que como esas tres cosas no sean las tres gracias, ó los tres reyes Magos, ó las tres Marias, ó las tres virtudes teologales, aquí hay de todo cuanto se pueda desear, y lo que no haya se suplirá con buena voluntad. En primer lugar, ¿ vuesa merced querrá cena ?

— Si solo se compone de eso que llamais buena vo-

luntad, no me hace falta ; si es de manjares sustanciosos, venga enhorabuena.

— Es de lo que pedis.

— Pues llevádmela á mi aposento.

— Eso se hará en un volver de ojos.

— Entonces solo falta que os vengais conmigo á mi alojamiento y me respondais á lo que os preguntare.

— Trepe vuesa merced por esa escalera y embósquese en el número 1 con el socorro de esta candela, que ya le sigo.

El caballero subió la achacosa escalera y se entró en el camarachon que le había indicado el huésped, mientras este, acercándose al mozo de la posada, le decía :

— Para que no haya olvido, escribe ahí en tu alcorran : *Una cena, un aposento con cama y una plática*. Todo eso para cuando se ajuste la cuenta.

II.

Entró el viajero en su aposento y á poco le siguió el hostelero y el mozo con la cena. Este tendió un jaspado mantel sobre una mesa de encina, y dejó en ella un plato cuyo contenido miró Soto con la cola del ojo.

— ¿ Qué me traéis de cenar ? preguntó al posadero.

— Jigote de becerro no nacido, señor mio.

— ¡ Pecador de mi ! ¿ Estaba muerta la vaca que lo había de echar al mundo ?

— No, señor caballero, respondió el posadero con gravedad, sino que se le sacaron del cuerpo, estando viva, para regalar á un arzobispo que llegó esta mañana de paso para Sevilla.

— Menos malo, dijo Soto sentándose á la mesa. Ahora bien, huésped, añadió el viajero así que el mozo hubo tomado la escalera, no hay para qué os pregunte si conocéis al ilustre manco.

— Manco conozco muchos, respondió el posadero, pero á ninguno le va bien la otra seña de ilustre. Conozco á Sebastian Gorgojo el manco, á Ginés Conejero, el manco, á Dieguillo Carmona, el manco...

— Basta, señor huésped, que no se trata de ninguno de esos estropeados. Yo os hablo de aquel célebre manco de Lepanto que escribió la famosa historia de *Don Quijote de la Mancha*.

— ¡ Acabara vuesa merced ! ¡ Y cómo si le conozco ! Y aun he oido decir al mariscal Morote, que es hombre muy leido, que ese tal nació en este lugar y fué bautizado en la iglesia de Santa María.

— ¿ Y ese Morote, interrumpió Soto abriendo unos ojos como linternas, decís que es hombre de saber ?

— Fuélo, señor mio, fuélo mientras vivió, porque há tres meses que dió con su ciencia en la huesa, sin ser parte á salvarle toda la veterinaria que tenia en los huesos, que no era poca.

Soto hizo una mueca que lo mismo podia atribuirse á la noticia del posadero que al sabor y consistencia del jigote, y luego repuso :

— ¿ Y no hay quien llene el vacío de ese mariscal que decís, en materia de saber y erudicion ?

— Si vuesa merced no lo tomase á soberbia, le diria que no soy zurdo en cosas concernientes al manco de que habláis ; porque yo era gran amigo de maese Morote, y soliamos hablar con frecuencia de ese que él llamaba el mas peregrino de los ingenios.

— De esa suerte, ¿ sabreis dónde nació y vivió Miguel de Cervantes ?

— ¡ Y cómo si lo sé ! ¡ Tan cierto como eso es jigote de becerro que no ha nacido !...

— Decidme, pues, hácia dónde cae la casa, y dejemos á un lado el jigote, que para ser de becerro en embrión, yo os juro á fe mia que se defiende de mis dientes con el coraje de un toro salamanquino.

El posadero hizo una mueca de zumba cerrando el ojo derecho y solapándose el labio inferior con el superior, y acercóse sin responder á una ventana que había en el aposento.

— Desde aquí voy á satisfacer el deseo de vuesa merced.

Levantóse Soto, y acercándose á la ventana, siguió la direccion que el hostelero trazaba con el indice.

— Al cabo de esta calle, ¿ no vé vuesa merced un farol agonizante ?

— Le veo.

— Aquello es una plazuela, y al lado del farol, que alumbra un retablo de San Benito, está la casa de Miguel de Cervantes.

— ¿ Quién la habita ?

— Nadie.

— ¿ Nadie ? ¿ Cómo es eso ?

— Há tres meses murió su dueño, y cúpole en herencia á la tia Perdiz que vive en el Toboso con dos sobrinas que se llaman Gaspara y Lucigüela.

— Bien está, señor huésped, dijo Soto retirándose de la ventana ; ya que habeis satisfecho mi curiosidad de viajero podeis ir á vuestra hacienda.

— ¿ Vuesa merced no manda otra cosa ?

— Nada, si no es que me dejéis la puerta sin atrancar, pues quiero salir á pasear las calles de la aldea.

Admiróse el posadero de que á aquella hora, y con semejante oscuridad quisiera su huésped salir á pasear las calles infernales de la aldea ; pero guardóse de hacerle objecion alguna, y antes bien determinó añadir á la cuenta un paseo á deshora, por el trabajo de abrir y cerrar la puerta.

No bien salió el posadero con el resto de la cena y

los manteles, el viajero sacó del bolsillo un billete, y abriéndolo, con la sonrisa en los labios, púsose de codos sobre la mesa y leyó el contenido, que era el siguiente :

« Mi señor don Diego de Soto : La ventura me ha deparado ocasion de descubrir un gran secreto. Há tiempo que os devanais los sesos por averiguar el paradero del borrador del *Ingenioso hidalgo*, escrito de puño y letra de Cervantes. Porfiais vos que este inapreciable documento debe de estar en Alcázar de San Juan, y le llevais la contra á vuestro compañero Sotillo, que afirma y jura por los siete sabios de Grecia que ha de estar en Alcalá de Henares, donde opina que nació aquel ingenio. La fortuna quiere que yo tercié en el certámen y resuelva la cuestion de plano ; voy á deciros mi secreto, y hágaos muy buen provecho. Sois erudito y os comeis los codos tras un códice mugriento y carcomido que no tomara un abacero para envolver azafran. Allá os avengais con el borrador de Cervantes, y cada loco con su tema. El legajo que os baraja de tal manera el cerebro está, como vuesa merced imagina, en Alcázar de San Juan, en la casa donde nació y vivió Miguel de Cervantes. Hay allí un aposento que tiene una ventana y siete vigas en el techo. En la segunda de la izquierda, mirando desde la ventana, se halla escondido el manuscrito. No os digo mas, porque ni vos habeis menester mas detalles, ni yo puedo revelaros cómo ha llegado á mi noticia este secreto. Vale.

El licenciado
JUAN PEREZ DE VILLAREAL.

— ¡ Vive diez, que puedo llamarme el mas dichoso de los hombres, si como creo, son ciertas las noticias del licenciado Juan Perez.

Diciendo esto, Soto se acercó á la ventana á examinar el cielo, donde la luna campaba ya libre de nubes, á tiempo que oyó el paso vacilante y desigual de un caballo, que á duras penas y con estrépito avanzaba por la calle de enfrente, empedrada con guijarros.

Miró Soto al viajero, que ya llegaba junto á la posada, y como la luna era clara, pudo verle las facciones.

— ¿ No es Sotillo ? exclamó el de la ventana, haciendo una mueca de mal humor.

— ¿ No es Soto ? dijo el de la calle con tono bronco y desabrido.

Y como el mesonero abriese la puerta de la posada con la esperanza de que no trasnocharia la racion de jigote que aun quedaba en la despensa, el viajero penetró en el patio como un rayo, y subió de cuatro en cuatro los escalones en busca de Soto.

— Dios guarde á vuesa merced, dijo al entrar.

— Y á vos tambien, respondió Soto.

— Por lo que veo pasais la noche en este lugar.

— No tal, sino que el caballo necesitaba un poco de reposo, y héme detenido aquí por algunos momentos. ¿ Y su merced del señor Sotillo, pernoctará en este endiablado meson ?

— ¡ Libreme Dios ! repuso Sotillo rebosándole el júbilo por los ojos. Aun hay poca distancia de aquí á Toledo, y no me daré por salvo hasta surcar el mar de Valencia.

— Y obrais cuerdamente.

— ¿ Y vuesa merced qué determina ?

— Hacer vida silvestre por montes y selvas.

— ¿ Hasta el fin de sus dias ?

— Hasta que mis enemigos se cansen de perseguirme.

— Quiera Dios que no tarde... Y dígame vuesa merced, ¿ sabe qué diablo de lugar es este donde la suerte nos ha reunido ?

— Debe ser Miguel Estéban.

— Cerca le anda.

— Pedernoso.

— Avance un poco mas.

— ¡ Qué ! exclamó Soto muy alborotado, ¿ será por ventura Alcázar de San Juan ?

— Así es, repuso Sotillo, y no sé por qué vuesa merced le pone tan mala cara, siendo la aldea donde dicen que nació aquel manco sutil que poneis sobre los cuernos de la luna.

— Pues por eso mismo, replicó Soto. Sepa vuesa merced que ese manco fué la ocasion de que me encerrasen donde sabe, y desde que conseguí la libertad he cobrado tal ojeriza á todos los mancos y á los pueblos donde nacieron, que ahora que sé dónde me hallo, voy á mandar ensillar mi cabalgadura, y á tomar las de villadiego antes de lo que tenia pensado.

— Creo que vuesa merced tiene razon, repuso Sotillo ; siempre he oido decir que los lisiados son gente dañina, y que Dios los ha marcado para que de ellos nos libremos.

— Por eso ruego á vuesa merced que no se enoje si le dejo con tanta premura.

— Por mí no se detenga. Buen viaje ; y pues se determina á hacer vida silvestre, librelé Dios de las fieras de los bosques.

— Y á vos de los peces del mar.

Soto bajó la escalera sin decir mas palabras ; mandó ensillar el caballo ; pagó el gasto de la posada, y marchóse con no poco asombro del hostelero que le tuvo por loco de remate.

Sotillo le vió alejarse desde la ventana, y así que le hubo perdido de vista llamó al posadero y le dijo :

— ¿ Cuándo llegó ese viajero que acaba de salir ?

— A las diez, poco mas ó menos.
 — ¿Qué os dijo al llegar?
 — Pidióme cena, plática y cama.
 — ¿Luego venia á pasar la noche en vuestro meson?
 — Tal creí por las señas.
 — ¿Y que hizo?
 — Cenó de un exquisito y suculento jigote de ternera de leche.

— ¿Y despues?
 — Hablóme de Miguel de Cervantes.
 — ¡Ah, bellaco! ya me habia dado á mi el tufillo en las narices. ¿Y qué os dijo de Miguel de Cervantes?
 — Preguntóme que hacía dónde caía la casa en que nació aquel ingenio, y se la mostré desde esa ventana.

— Mostrádmela á mi tambien, dijo Sotillo levantándose.

— ¿Qué, tambien vuesa merced es aficionado á aquel ingenio peregrino que anda en las lenguas de la fama?

— Si tal, señor huésped, y quisiera saludar la casa donde nació, antes de seguir mi viaje.

— Pues no tendreis que andar mucho camino para satisfacer vuestro deseo, dijo el posadero llegándose á la ventana con Sotillo. ¿Veis aquel farol que se apaga?

— Si veo.
 — Pues la casa que hay á la derecha mano es la que goza de la sin igual ventura de haber visto nacer á Miguel de Cervantes.

— Bien está, dijo Sotillo, ahora dadme de cenar. Salió el posadero y Sotillo comenzó á pasear por el aposento con el dedo índice en la frente.

— No hay duda, murmuró entre dientes, sino que el bellaco de Soto tiene sospechas ó certidumbre de que aquí existe el codiciado manuscrito, y viene á quitármelo de entre los dedos. ¡Pues yo le juro que mal me andarán las manos si consigue su intento! Él venia en derechura á este lugar á poner piés en pared para conquistar ese tesoro mas precioso que el del famoso vellocino, sino que al toparse conmigo ha llamado al ingenio en su ayuda, fingiendo que proseguia su viaje. Mala landre me coma si á estas horas no anda el perillan por los alrededores del lugar esperando que me aleje para volver; pero no me tornen á llamar Sotillo si no se la juego de sutil y le enseño lo que va de un ingenio agudo á unos sesos á la jineta.

En esto entró el mesonero con el jigote, y el viajero atacó briosamente una cierta ternera de leche que, en lo dura y amarga, parecia becerro no nacido.

— ¿Qué decis que es esto? preguntó Sotillo.
 — Ternera de leche, respondió gravemente el posadero.

— ¿Y hasta qué edad maman por acá las terneras, señor huésped? tornó á preguntar Sotillo arrancando un hilo de carne como un bramante que se le habia atascado entre muela y colmillo.

— No hay regla fija, señor caballero, respondió el mesonero. Lo que sí puedo deciros es que segun la opinion de mi compadre maese Morote, que era un famoso albeitar, la edad decrepita tiene muchos puntos de analogia con la infancia.

III.

Dejaremos á Sotillo luchando á brazo partido con la ponderada vianda de maese Juan Tozuelo, que así se llamaba el huésped, y seguiremos el derrotero de Soto, que por ser amigo nuestro mas antiguo, merece la primacia.

Este salió de la posada con aparente sosiego, sin castigar los ijares de su caballo, y torció á la derecha con el propósito de buscar un rodeo que le condujese á la plazuela.

Llegó en breves momentos al sitio deseado, y orientándose al dudoso resplandor que despedia la moribunda luminaria del retablo, echó de ver al lado una casa que por lo humilde, mezquina y ruinosa, claros indicios daba de haber pertenecido á un español ingenio.

Soto dobló una esquina formada por la misma casa de Miguel de Cervantes, y llegó á unas tapias que se hallaban fuera del lugar y pertenecian al mismo humilde edificio.

Arrendó el caballo sin apearse, á un tronco que habia junto á la tapia, y poniéndose de pié sobre la silla apoyó las manos en las bardas, y se puso de un brinco á horcajadas sobre la áspera argamasa. Miró si habia algun obstáculo que le impidiese saltar al otro lado, y no viendo ser viviente en el corral, se colgó de la tapia, estiró bien el cuerpo y dejóse caer describiendo una linea perpendicular que al llegar al suelo se convirtió en un ángulo recto, á cuyo vértice dolorido se llevó la mano el aporreado caballero.

Soto se levantó lleno de júbilo, á pesar de este percance, y aun fué mayor el que experimentó al ver que la puerta del corral estaba abierta. Colóse como Pedro por su casa en un oscuro pasadizo, y á los cuatro pasos topó con otra puerta. Empujóla y se encontró en un aposento desmantelado que recibia la luz de una ventana que daba al corral, en el que se observaba una particularidad que hizo brincar en el pecho el corazón de Soto.

Este pasó del exámen de la ventana al cuento y recuento de las vigas, y viendo que no resultaban mas

ni menos de siete, se quitó el sombrero, inclinó la cabeza y cerró los párpados en señal de veneracion. Púsose luego de espaldas á la ventana, volvió á levantar la cabeza, y fijando la vista en la segunda viga de la izquierda exclamó rebotándole el gozo por los ojos.

— ¡Allí está ese tesoro de gran valia por quien he sufrido la persecucion de los hombres!

Miró en rededor por si veia algun mueble, con cuyo auxilio llegara al techo, que no estaba muy elevado, y no viendo cosa alguna fuera de las cuatro paredes, salióse del aposento, y al avaro resplandor de la luna que penetraba por la puerta del corral, buscó inútilmente por los rincones cosa que respondiese á su intento.

Despues de un prolijo escrutinio Soto resolvió salirse al corral con ánimo de abrir alguna puerta que diese al campo y hacer entrar el caballo para llegar con su ayuda á la viga, como habia llegado á las bardas. Salióse con este propósito del aposento; pero apenas habia asomado la cabeza al corral, cuando echó de ver un hombre que á largos pasos media la distancia que desde la tapia le separaba de la habitacion. Al verle Soto se quedó plantado en el umbral de la puerta y el otro inmóvil en el centro del corral.

— ¡Lléveme el diablo si no es Sotillo el que veo! exclamó Soto.

— ¡Lo mismo le pido yo! dijo aquel por lo bajo al ver á su antagonista: yo sabré si te llevas el manuscrito. Si tal, añadió en alta voz, soy el mismísimo Sotillo, que al pasar por delante de esa tapia he visto el caballo de vuesa merced arrendado á un árbol, y con el temor de que algun facineroso os hubiese metido á la fuerza en este corral para robaros, he saltado la tapia con ánimo resuelto de veniros en ayuda.

— No esperaba yo menos de vuestra amistad, respondió Soto llegándose al que parecia su sombra, y mire vuesa merced qué extraño azar: la misma causa que á vos me ha movido á saltar las tapias de este corral.

— ¡Extraño caso! ¿Y cómo ha sido ello?

— Figúrese vuesa merced que al pasar junto á esta casa me ha parecido oír á manera de un quejido.

— ¡Cuerpo de tal, y qué susto habrá llevado vuesa merced!

— No fué tanto el susto como coraje que experimenté al pensar que quizá aquel lastimoso grito salia de las entrañas de algun inocente oprimido.

— ¿Y topásteis con algun otro Andrés apaleado por un rústico villano?

— Topé con un cuerpo muerto.

— ¡Oxte!

— Habia despedido el alma por ocho heridas abiertas por otras tantas puñaladas.

— ¡Válate Dios, y qué de sangre habria en el aposento!

— Imagineselo vuesa merced.

— ¿Y qué hicisteis?

— Viendo que no habia á quien dar socorro envainé el estoque, y temeroso de tener que entender con la justicia, salíame en busca de mi caballo para seguir mi camino, cuando topé inopinadamente con vuesa merced.

— Quisiera yo ver á ese difunto, dijo Sotillo.

— ¿Qué dice vuesa merced? No hará tal estando yo de por medio. Lo que hemos de hacer es alejarnos de esta casa con buen compás de piés, antes que acuda la justicia y dé otra vez con nosotros en aquel encierro que sabeis.

— Antes me coman lobos que tal suceda, repuso Sotillo. Vuesa merced me ha convencido: salgamos luego de este corral, y quedese el muerto para enterrar, y váyase el diablo por ruin, que peor fuera volver á pasar trece años en cautiverio.

Soto trabó del brazo á Sotillo, y llegándose á una puerta cerrada que salia al campo, descorrió como pudo el cerrojo y ambos salieron del corral en busca de las cabalgaduras.

IV.

Soto y Sotillo montaron á caballo, y tomaron á la ventura el sendero que vieron mas cerca. Caminaron en silencio de este modo por espacio de diez minutos, pensando el primero en los medios de sacudirse de su compañero, y discurriendo el segundo un ardid para averiguar si Soto llevaba consigo aquel inapreciable manuscrito que tan desazonado le traia.

La noche estaba clara y serena; la luna difundia su resplandor en un cielo sin nubes, como una lámpara sin pantalla, y la tierra gozaba un momento de reposo durante el sueño de los mortales, como una fatigada madre de familia que ha conseguido llevar al lecho á su prole traviesa y casquivana; el campo no murmuraba nadie, ni el viento ni los arroyos; el primero, porque dormia en su espelunca; los segundos, porque no los habia en cuatro leguas á la redonda. Solo de vez en cuando se oian el ladrido de los perros guardianes de alguna majada y el paso de las dos cabalgaduras que lentamente y á todo su albedrio caminaban, mientras sus amos, absortos en su pensamiento, olvidaban el látigo y la espuela.

Y aqui, sin la vènia de nuestros lectores, nos hemos de parar un momento á contemplar el extraño pergeño de nuestros dos aventureros, ya que, por negligencia imperdonable, hémonos dejado hasta ahora sus

retratos en el tintero. Hé aqui la propia estampa de Sotillo:

Estatura mas que mediana; miembros rígidos y envarados; elevada la coronilla y la sotabarba pegada á la nuez; ojos profundos que tiran á verdes; frente que arranca en declive de las cejas y sube en rápida pendiente hasta acabar en unos pelos cortos, entrecanos y rígidos como las puas de un puerco espin; nariz curva y achatada; boca grande y barbilla diminuta. La edad no pasaria de cuarenta y cinco primaveras, con otros tantos inviernos que le habian arrugado un tanto la frente y marchitado las megillas.

Soto demostraba la misma edad de su compañero, y en lo fisico no estaba mejor dotado que él por la avara naturaleza. Tenia el color cetrino; la frente preñada bajaba desde el nacimiento de la peluca, describiendo una curva, en busca de la nariz, la cual, por corresponder á este halago, empinaba algo mas de lo regular las fosas dilatadas y tenebrosas. Los pómulos protuberantes formaban con el hueso frontal dos cavidades por las cuales asomaban dos ojillos de topo negros y profundos. Pero la naturaleza, que nunca se muestra mezquina en una cosa sin enmendar en otra su avaricia, habia compensado la pequeñez de los ojos con la magnificencia de la boca, que era grande y convada como abertura de alcancia.

El primero que rompió el silencio fué Sotillo.

— ¡Ya di en ello! exclamó de repente.

— ¿En qué dió vuesa merced? preguntó Soto.

— En el misterio de la casa donde habeis encontrado el cuerpo muerto.

— ¿Luego hay misterio de por medio? preguntó Soto acercando el caballo al de su compañero.

— ¿No habeis oido hablar de un malhechor toledano, llamado el Rojo, que fué terror de la Mancha há trece ó catorce años?

— ¡Aguarde vuesa merced!... Sí, ya recuerdo, dijo Soto, mirando á la luna y apoyando el extremo del índice en su labio inferior. Ese tal burló las pesquisas de la justicia, y dicen que pasó la mar, llevándose el fruto de su rapiña.

— Pues sepa vuesa merced que esta mañana oí decir á unos traginantes que ese hombre habia aparecido por estas inmediaciones de Alcázar de San Juan.

— ¡Eso sabia vuesa merced, exclamó Soto con fingido sobresalto, y se lo guardaba en el almarío!

— Es que se me habia traspapelado, amigo y compañero; pero ahora hago memoria de los arrieros, y paro mientes en lo que decian de un cierto conducto subterráneo que tienen los bandidos, y por el cual penetran cada y cuando les viene en deseo en las mismas casas.

— ¿Y cree vuesa merced que aquella donde topé con el muerto?...

— Aquel debe ser, como si dijéramos, su matadero.

— ¡Mal año para las reses!

— ¿Qué decis de mi conjetura?

— Que no va fuera de camino.

— ¿Vuesa merced no dejaria de ver algun hilo en la casa por donde saquemos el ovillo?

— Si por hilo puede entenderse el hombre muerto...

— ¿Qué vió vuesa merced en las vigas del techo? preguntó de repente Sotillo, mirando de hito en hito á su compañero.

Soto volvió á mirar á la luna, poniéndose el dedo en la frente, y respondió al cabo de un instante:

— Si tal... Ahora caigo en que vi pendiente de una de ellas una sogá como de horca, que bien puede servir de hilo á vuesa merced.

— ¿Y á vos no os sirvió de nada? preguntó Sotillo marcando á su compañero con la cola del ojo.

— Sirvióme de estorbo, respondió Soto con perfecta naturalidad, pues me azotó las narices al penetrar en el aposento.

Callaron en esto Soto y Sotillo y no volvieron á desplegar los labios. Los caballos siguieron su camino á la buena de Dios, á paso de tortuga, mientras el pensamiento de sus amos corria á escape. Así les sorprendió el alba en una encrucijada donde de comun impulso se detuvieron por no saber qué camino tomar.

Soto tendió la vista por el campo y vió unos gañanes que trabajaban en una era á cien pasos del camino.

— Vuesa merced me espere aquí, señor Sotillo, dijo de repente su compañero, mientras yo voy á preguntar á aquellos mozos á dónde guia cada uno de estos caminos.

Sotillo hizo una seña de asentimiento con la cabeza, y no perdió de vista á su compañero, resuelto á correr tras él en cuanto hiciese ademan de poner piés en polvorosa.

Pero Soto se fué reposadamente en busca de los gañanes, y al llegar junto á ellos exclamó:

— ¡Gracias á Dios que topo al fin con quien me socorra!

— ¿Pues qué le acontece á su merced? preguntó uno de los mozos al caballero.

— ¿Queis ganaros veinte escudos?

— ¡Veinte escudos! repitieron los mozos asombrados.

— Si en ello no hay cosa que ofenda á nuestra santa madre Iglesia..., dijo el gañan que habia hablado primero.

(Se continuará.)

EL

Comicio agrícola

DE PONT-FAVERGER

(FRANCIA).

Pont-Faverger, donde se ha reunido el comicio agrícola el 27 de octubre último, es un pueblo del departamento del Marne, á orillas del Suippe, distrito de Reims, con 2,145 habitantes. Es una de las estaciones de un nuevo ferro-carril de interés local que se ha inaugurado el 11 de mayo de este año, línea que empalma con la de las



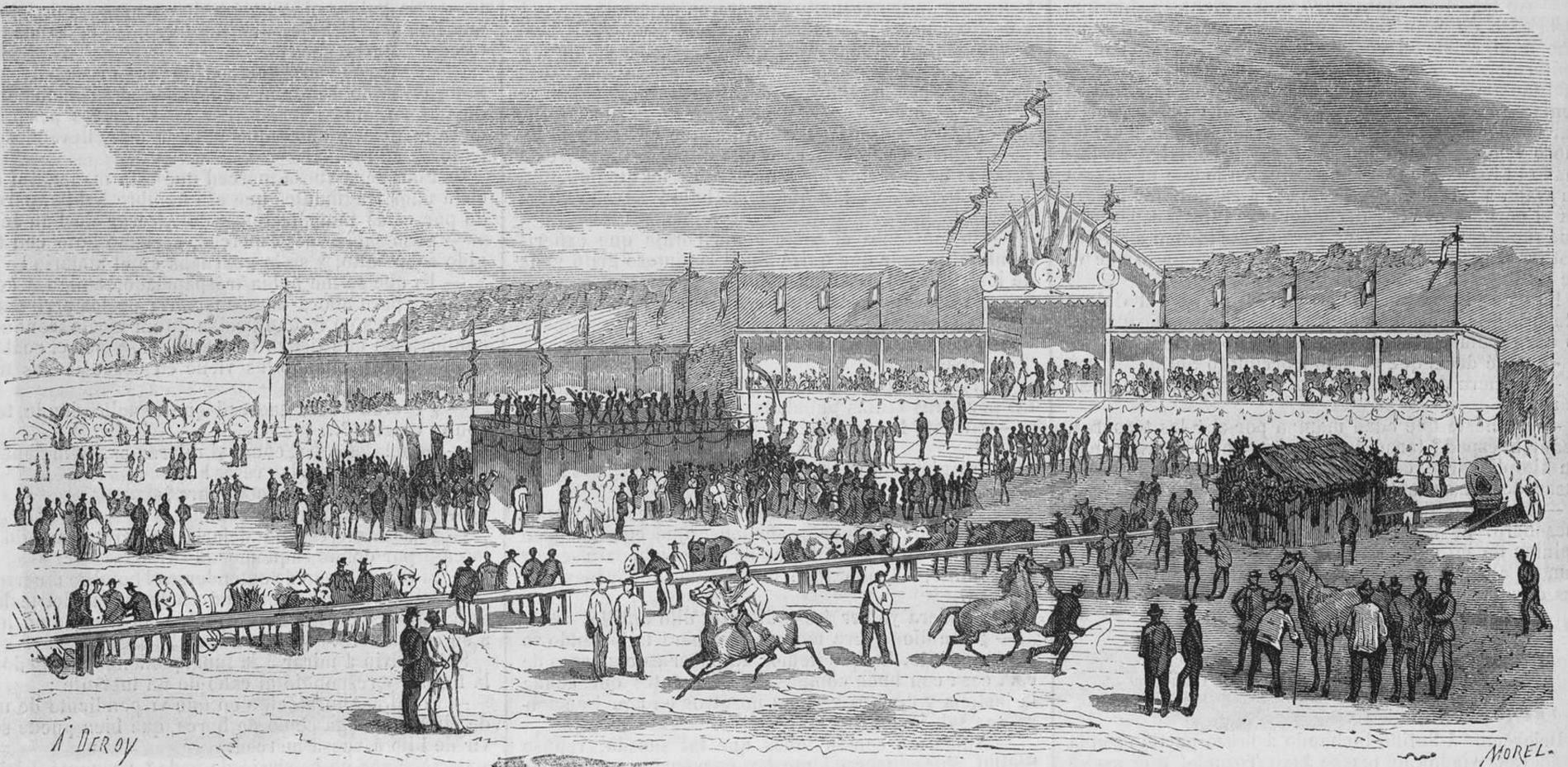
COMICIO AGRÍCOLA DE PONT-FAVERGER (Francia). — El concurso de albeitería.

mos, sin embargo, que la exposicion de los hermanos de la Doctrina cristiana, que representa nuestro tercer dibujo, fué particularmente admirada y mereció bajo todos conceptos llamar la atencion de los inmensos visitantes que acudieron á tan interesante reunion.

El comicio agrícola de Pont-Faverger fué presidido por el prefecto del Marne, asistiendo á él el sub-prefecto de Reims y los diputados del departamento. Se inauguró con dos discursos, uno del consejero general monsieur Duchateau y otro del prefecto.

Despues hubo tambien otros discursos en el banquete.

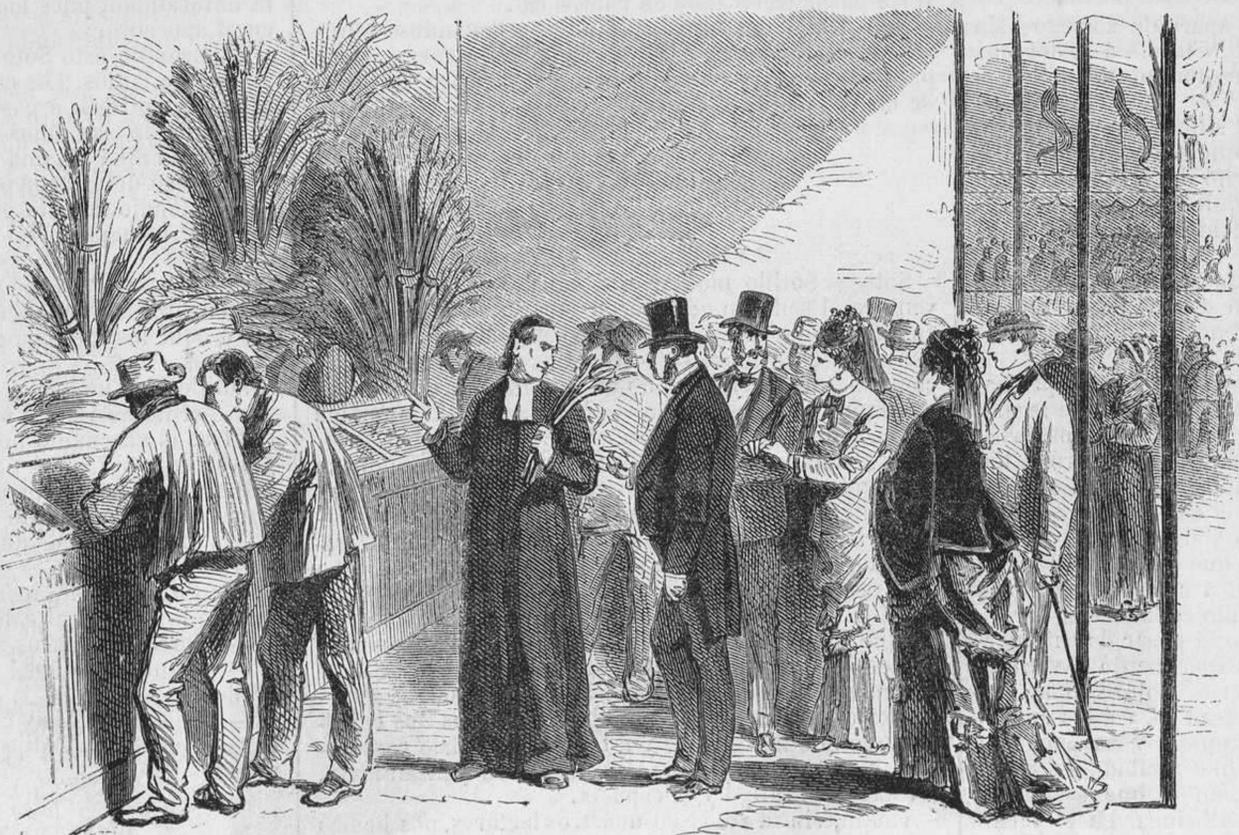
Seguidamente se procedió á la distribucion



Vista general de la Exposicion y sus dependencias.

Ardennes en Bazancourt, y se detiene en Bethinville, con un trayecto total de 17 kilómetros. Su creacion se debe á los esfuerzos de un rico fabricante de la localidad, M. Legros, secundado por otros manufactureros, para que sirva el hermoso valle del Suippe, donde no menos que la industria está desarrollada la agricultura. Con efecto, todo lo que se llama articulo de Reims se fabrica allí, y así es que se cuentan en el valle cien mil brocas y dos mil telares, que ocupan anualmente á cerca de 5,000 obreros.

Volviendo al comicio, diremos que nuestros dibujos ofrecen de él una idea bastante clara para que nos creamos dispensados de entrar sobre el asunto en inútiles detalles. Dire-



Exposicion de los hermanos de la Doctrina cristiana.

de recompensas. Para dar mas realce á esta fiesta agrícola, el consejero general, M. Derivosge, habia convidado á todas las músicas del canton, con mas tres bandas del departamento, que recibieron cada una de ellas una medalla conmemorativa de plata sobredorada.

Inútil es advertir que esta fiesta ha estado muy alegre, aunque la turbó un poco la llegada imprevista de los prusianos.

Desde que se firmó el consabido armisticio no se les habia visto en Pont-Faverger. Felizmente su permanencia duró poco, y en el día han abandonado el departamento definitivamente.

P.

Barracas

OCUPADAS POR LOS ALEMANES

EN LOS

DEPARTAMENTOS FRANCESES.

En veinte y nueve diferentes localidades de la region del Este se elevan hoy barracas destinadas á alojar á las tropas alemanas que deben evacuar los departamentos del Marne y del Alto-Marne. Estas barracas, construidas segun varios tipos referentes á los diferentes cuerpos, presentan, sin embargo, un conjunto bastante uniforme; la diversidad de su aspecto resulta de su exposicion y del sitio que ocupan, y á veces de las modificaciones y cambios que las autoridades militares alemanas mandan operar en ellas.

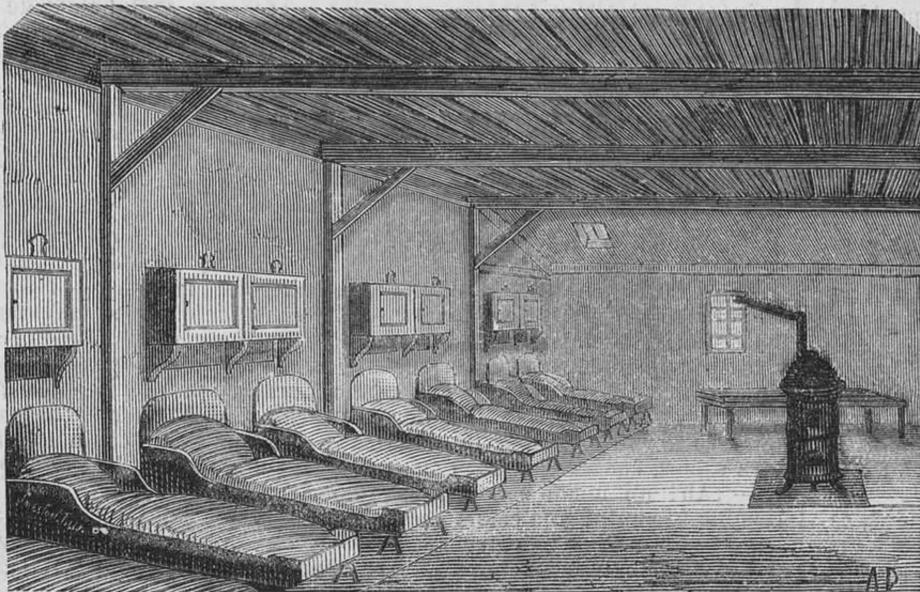
Para cada agrupacion hay un cuartel completo, y además de las barracas para hombres y caballos, se han construido pabellones de oficiales, barracas para cocinas, salas de escuela, fraguas, almacenes de viveres, pozos y demás, con caminos de acceso. Las barracas de los soldados tienen á los lados dos

ta caballos. Encima está el pajar, al que se sube por una escalera exterior. El interior ofrece un aspecto grandioso.

Los pabellones de los oficiales son tambien de ladrillo y tienen un aspecto elegante.

Se penetra en el interior por un corredor central

Cuando un amante entreve un rayo de esperanza, este rayo le suele bastar con frecuencia para entregarse durante meses enteros á los mas gratos sueños; esto era precisamente lo que habia sucedido á Antonio, quien no podia reponerse de la emocion que experimentó al encontrarse frente á frente de Anunciacion.



Aspecto interior de una barraca.

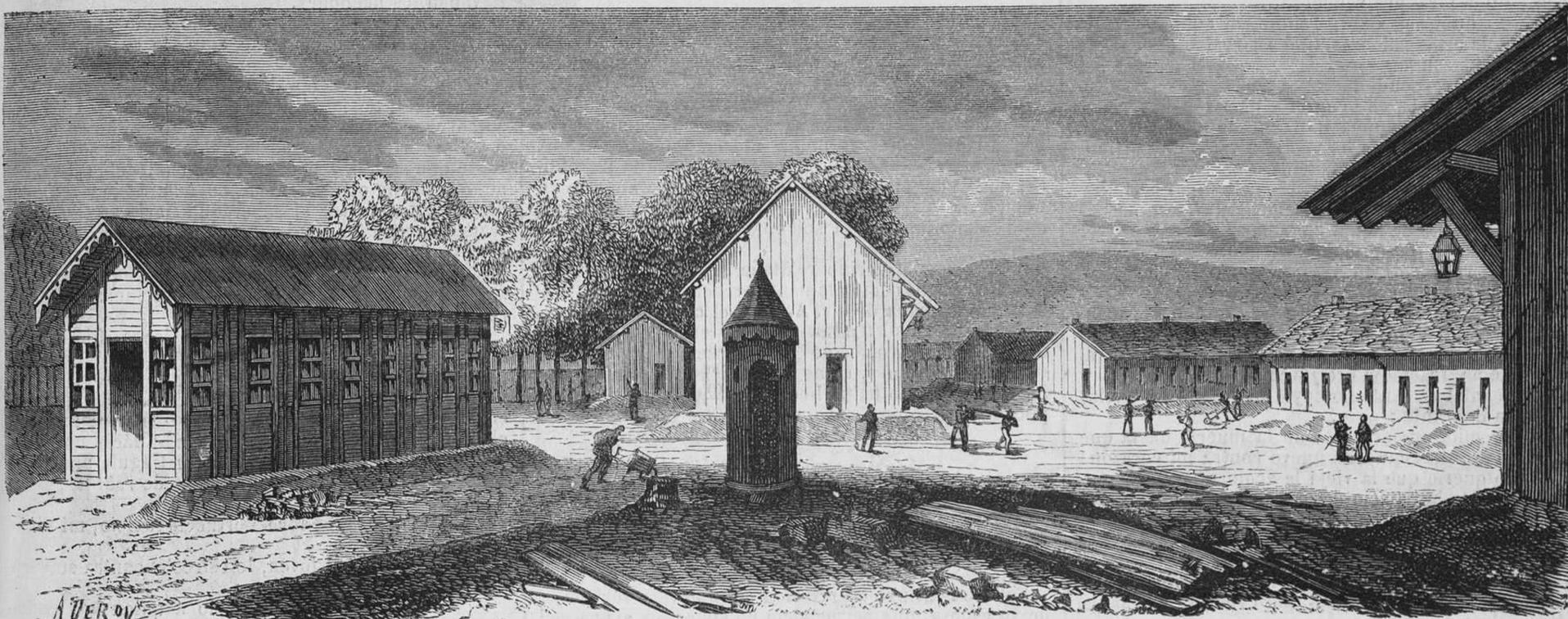
Los límites de los grupos de barracas se marcan con paredes de fábrica ó con empalizadas.

Tal es la fisonomia general de las barracas, que si se diferencian es en los detalles. Diremos, no obstante, que estos detalles tienen su importancia; pero seria dificil de precisarlos, pues varian á lo infinito, segun las ideas ó las exigencias del jefe del cuerpo, y á veces de un simple jefe de destacamento, á quienes la autoridad superior alemana ha dejado la mayor latitud en todo lo concerniente al bienestar de las tropas. El precio de un grupo de barracas para alojar un batallon, pasa de 400,000 francos. J. L.

Cuentos de Hoffmann.

MARINO FALIERO.

(Continuacion. — Véase el N° 1,036.)



Vista exterior de las barracas del campo de Marte, en Nancy.

tabiques de tablas, y en medio de las tablas hay haces de heno bien apretado. Miden generalmente 45 metros de largo sobre 8 de ancho y 3 de altura hasta el nacimiento de la techumbre. La cubierta es de teja, y se hallan pintadas por dentro y por fuera.

La distribucion interior se compone de un corredor lateral de 2 metros de ancho que termina por los extremos en espacios, de los cuales el uno contiene el cuarto del sargento mayor, y el otro dos cuartos para los demás suboficiales de la compañía: el intervalo comprendido entre los dos espacios está ocupado por los cuartos de los soldados. En estos últimos hay de doce á quince camas. Todas las piezas tienen grandes ventanas, una estufa, una ó varias mesas y bancos.

Encima de cada cama hay un estante que se cierra con llave para el uso de cada soldado. Los suelos de tabla están bien ajustados y no tocan á la tierra. Por la noche se alumbran los cuartos de los soldados con unas lámparas colgadas del techo, y cada oficial tiene su lámpara particular: el alumbrado exterior se hace con faroles colgados á las esquinas de cada barraca.

En las fraguas y en las cocinas en vez de tablas hay losas en el suelo; las cocinas tienen hornillos de hierro, armarios, mesas y vasares.

Las caballerizas son de ladrillo, y pueden contener de sesenta á seten-

que divide el pabellon en dos partes, la una forma los aposentos del oficial (vestibulo, comedor, sala, dormitorio y despacho), y la otra encierra la cocina, los gabinetes y el cuarto para los asistentes.

Todas estas piezas están empapeladas, y cada una de ellas tiene su estufa. En sus ventanas hay persianas.

La vieja mendicanta le reñia mucho por lo que se habia expuesto, calificando su accion de riesgo inútil y loca tentativa.

Un día llegó con aire alegre, riendo y saltando, y sin contestar una palabra á las preguntas de Antonio, encendió la chimenea, echó en un vaso varios ingredientes, y despues se alejó soltando una carcajada.

Aquella misma noche presentósele de nuevo jadeando, y arrojándose sobre una silla, dijo despues de tomar aliento:

— Hijo mio, ¿á que no adivinas de dónde vengo?

Antonio, asaltado por una idea repentina, clavó en ella sus ojos.

— Pues bien, exclamó la vieja; acabo de ver á esa dulce paloma, á esa dulce Anunciacion.

— No acabes de volverme loco.

— ¿Cómo? replicó la vieja. Yo pienso siempre en ti, querido Tonino. Esta mañana, al pasar por delante del palacio ducal, oí al pueblo hablar de la desgracia ocurrida á la esposa del dux: pregunté qué desgracia era esa, y un robusto muchacho apoyado en una columna, me respondió diciendo:

— Un escorpion le ha picado en un dedo, y el doctor Bassegio, llamado para curar eso, habla de amputar la mano á la pobre señora.

En aquel mismo instante se oyó un gran rumor en la escalera, y vióse á un hombrecillo empujado por



Una cocina de las barracas.

los guardias, rodando como una bola de arriba abajo de la escalera, gritando y lamentándose. El pueblo le rodeó riéndose, y el hombrecillo procuró levantarse. Entonces el muchacho que me había hablado anteriormente cogió por un brazo á tan singular personaje, que no era otro que el doctor, y le arrastró hácia el canal, donde se embarcó con él en una góndola.

Yo comprendí al momento que el dux había arrojado de un modo tan ignominioso al doctor así que se permitió proponer la amputación, y al punto eché á correr hácia aquí, preparé, como viste, un bálsamo, y me volví al palacio.

Yo me hallaba en la escalera, cuando el dux al atravesar de una habitación á otra reparó en mí, y preguntó :

— ¿Qué quiere ahí esa vieja?

Inclinéme hasta el suelo, y le respondí que tenía un medio de curar muy en breve la mano de su esposa. Miróme fijamente, acarició con una de sus manos su barba cana, y cogiéndome por los hombros me impelió hácia la cámara de Anunciación.

¡Ah, Tonino! Allí estaba esa pobre niña, tendida sobre su lecho, con el rostro pálido, inundado de lágrimas, suspirando y exclamando con voz lastimera :

— ¿Circulará el veneno por toda mi sangre?

Acerqueme á ella y le quité el emplastro del ignorante doctor. ¡Dios mio, y qué mano tan linda aquella! Apliquéle mi bálsamo, el cual obró inmediatamente.

— Me siento mejor, mucho mejor; dijo la pobre niña.

Y Marino dijo :

— Mil equies para tí, vieja, si salvas á mi esposa.

Y salió de la estancia.

Allí estuve tres horas teniendo aquella pequeña mano entre las mías, frotándolas suavemente. Anunciación, que se había adormecido, vuelve en sí, y no siente dolor alguno; me mira con alegría y la digo :

— Noble señora, vos también habeis salvado á un jóven de una picadura venenosa...

¡Que no hubiéses visto, Tonino, el subido carmin que al decir estas palabras tiñó su rostro y el fuego con que brillaron sus ojos!

— ¡Ah! sí, respondiome ella; yo era muy jóven entonces y me hallaba en la quinta de mi padre. ¡Qué jóven tan hermoso aquel! Lo recuerdo muchas veces, y desde el día en que le he vuelto á ver no he disfrutado un solo momento de felicidad.

Entonces me puse á hablar de tí; la dije que te hallabas en Venecia, que conservabas todavía en tu corazón el recuerdo de aquel momento, y que para ver otra vez al ángel que te había salvado, habías querido ofrecerle, á riesgo de tu vida, el ramo de flores del jueves de carnaval.

— ¡Ah! exclamó ella; lo adiviné, le reconocí; cuando él llevó mi mano á sus labios y pronunció mi nombre, experimenté una emoción de alegría y tristeza al par. ¡Tráeme, tráeme á ese jóven querido!...

A estas palabras Antonio cayó de rodillas, y exclamó medio delirante :

— ¡Dios mio, preservadme de la muerte hasta que haya podido estrecharla de nuevo contra mi corazón!

Antonio quería que la vieja le acompañase á la mañana siguiente al palacio del dux; pero ella no accedió á ese deseo, alegando que Faliero no se separaba un momento del lado de su esposa desde que esta había caído enferma.

Habían trascurrido ya muchos días. Anunciación se hallaba completamente buena, pero Antonio no había podido volver á verla.

Su nodriza empleaba todos los medios posibles para consolarle y hacer que tuviese paciencia. Agitado por sus impetuosos deseos, Antonio vagaba de un lado en otro por los sitios públicos, acercándose siempre involuntariamente al palacio del dux. Una mañana vió junto al mismo á Pedro, apoyado sobre un remo pintado de varios colores, mientras que su góndola se balanceaba tranquilamente en el canal : era pequeña, pero se hallaba cubierta de una elegante tienda adornada de esculturas. La barca llevaba el pabellón veneciano, y se parecía al *Bucentauro*.

— ¡Ah! señor Antonio, exclamó su antiguo camarada al verle; seais mil veces bien venido; vuestros equies me han proporcionado la felicidad.

Antonio le preguntó con aire indiferente, y supo que Pedro llevaba casi todas las noches al dux y á su esposa á una quinta cercana á Venecia.

— Camarada, dijo Antonio; ¿quieres ganarte diez equies, y mas aun si es menester? Déjame pues ocupar tu puesto y remar.

Pedro le contestó que era imposible, que el dux no quería fiarse de nadie mas que de él; pero Antonio insistió con tanto empeño, que el gondolero no pudo menos de ceder.

El enamorado jóven se alejó inmediatamente, volviendo poco despues disfrazado con un tosco traje de marinero.

El dux y su esposa llegaron á poco.

— ¿Quién es ese? dijo con rabia Faliero, dirigiéndose á Pedro.

Este afirmó que necesitaba indispensablemente un compañero para que le acompañase á remar, y despues de mil reiteradas protestas consiguió por fin el permiso para que le acompañase Antonio.

Frecuentemente en medio de una exaltación extremada el espíritu fortificado por la misma beatitud que experimenta, se contiene y ahoga los impetuosos movimientos á los cuales se siente impelido á abandonarse. De este modo Antonio, sentado junto á la her-

mosa Anunciación, y rozándose con su vestido, se dominó, y poniéndose á remar con todas sus fuerzas, se limitó á lanzar de vez en cuando una furtiva mirada al objeto de su amor.

El viejo Marino estrechaba en sus manos la pequeña de su jóven esposa; rodeaba con su brazo su elegante cintura y conversaba y reía alegremente.

En medio del golfo, en el sitio desde donde se descubre en toda su magnificencia la plaza de San Marcos y la ciudad de Venecia, el dux alzando la cabeza y tendiendo en derredor suyo una mirada, le dijo á su mujer :

— Hija mia, ¿no es verdad que es muy hermoso mirar el mar en compañía del esposo y del señor de ese mar? Pero no tengas celos de esa esposa que nos conduce humildemente en sus espaldas. ¿No escuchas el dulce murmullo de las olas? ¿No es ese murmullo producido por las palabras de amor que dirige á su señor? Tú llevas mi anillo nupcial en tu dedo, y esta otra esposa conserva el suyo en su trasparente lecho.

— ¡Ah! mi noble señor, respondió Anunciación; tiemblo al pensar que estais desposado con esas olas, con ese fiero y falaz elemento.

— No te inquietes, repuso Faliero acariciándose la barba; es mas dulce reposar en tus brazos que en el seno glacial de ese mar proceloso, pero es tambien muy dulce surcar estas olas en compañía de su señor.

En este momento oyóse una música que resonaba á lo lejos. Una voz de hombre, llena de suavidad y armonia, se escuchó sobre los gemidos del golfo, y cantó estos versos :

Ah! senza amare
Andare sul mare
Col sposo del'mare
Non può consolare.

Otras voces se asociaron á esta, y repitieron estas mismas palabras hasta que el canto fué perdiéndose poco á poco.

Faliero, al parecer, no escuchaba ese concierto, y se entretenía en explicar á su esposa el simbolo representado por la ceremonia del casamiento del dux con el mar, hablándole de las victorias de la República, de la conquista de la Istria y de la Dalmacia en tiempo de Pedro Urscolo II. Conquista que, segun él, había dado lugar á la solemne ceremonia del *Bucentauro*.

Mientras que Marino relataba prolijamente, su esposa se hallaba completamente preocupada con la música que acababa de oír. Así que el canto cesó de resonar en su oído, tendió en torno suyo sus miradas llenas de asombro, como si acabase de despertar de un profundo sueño, como si quisiese todavía ver las imágenes que no había hecho mas que entrever; despues murmuró en voz baja :

Senza amare, senza amare
Non può consolare.

Y dos lágrimas brillaron en sus ojos, y un ahogado suspiro se escapó de su pecho.

Faliero continuó su relación sin notar la turbación de su esposa, que permanecía en silencio y al parecer extraña á cuanto él le decía. Llegados á su casa de San-Giorgio-maggiore, el dux dió el brazo á su linda esposa para salir de la barca. Un jóven en traje de marinero tocó una trompa que tenía á forma de una concha, y que resonó á lo lejos. A esta señal acercóse otra góndola, y un hombre y una mujer trayendo un quitasol se adelantaron hácia el dux y le condujeron con Anunciación á su palacio. La segunda navicella atracó á la orilla, saliendo de ella Marino Bodoeri y otras muchas personas, entre las cuales había comerciantes, artistas y hombres del pueblo, todos acompañando al dux.

III.

Antonio se hallaba lleno de la mayor impaciencia, esperando el día siguiente, porque creía recibir un mensaje grato de Anunciación. La vieja llegó por fin, se arrojó sobre un sillón, y cruzando sus huesosas manos, exclamó :

— ¡Ay, Tonino, Tonino, y lo que le ha sucedido á tu pobre paloma! Al entrar hoy en su estancia la he encontrado recostada sobre un canapé, con los ojos medio cerrados, la cabeza apoyada en la mano, sin dormir ni velar, no estando enferma, ni tampoco completamente buena.

— Noble señora, la dije al acercarme; ¿Qué os ha sucedido? ¿Os duele mucho vuestra herida?

A estas palabras me miró con unos ojos, como yo no he visto otros jamás, pues apenas contemplé sus húmedos rayos cuando se ocultaron detrás de sus pestañas, como detrás de una nube sombría. Entonces suspiró, y volviendo su pálido rostro hácia la pared, murmuró con voz débil, pero penetrante :

Amare, amare... ah! senza amare.

Sentéme á su lado en una banqueta, y le empecé á hablar de tí.

Continuaba ella con su rostro vuelto hácia otro lado, y sus suspiros eran cada vez mas distintos y frecuentes. Le confesé que te habias disfrazado para entrar en su góndola, que estás loco de amor y que quería presentarte á ella, á cuyas palabras se levantó de pronto, y derramando un torrente de lágrimas, exclamó :

— No, no; no puedo verle, yo te conjuro en nombre de Cristo para que le digas que no se acerque jamás á mí. Que salga de Venecia, que se aleje cuanto antes.

— Y bien, le contesté; ¿con que es preciso que muera mi pobre Tonino?

Arrojóse desconsolada sobre su lecho, y me respondió :

— ¿No es menester tambien que muera yo de la muerte mas cruda?

En este momento entró Faliero en la estancia, y me hizo seña para que me retirase.

— ¿Con que me rechaza, con que quiere que me aleje? exclamó Antonio desesperado.

— ¡Pobre muchacho! dijo la vieja riéndose segun acostumbraba. ¿No conoces que la hermosa Anunciación te ama con toda su alma y que es presa de la pasión mas violenta que haya podido destrozarse jamás el corazón de una mujer? Ven mañana á la noche al palacio ducal; me encontrarás en la segunda galería, á la derecha de la escalera principal, y veremos luego lo que sucede.

Al otro día Antonio se deslizaba hácia el lugar indicado, con el corazón palpitante como si fuese á cometer un crimen. En su emoción apenas podía subir los escalones, y se vió obligado á apoyarse contra una columna.

De repente vió el resplandor de muchas antorchas, y antes de tener tiempo para huir, el viejo Bodoeri se encontró con él acompañado de muchos criados que llevaban los hachones.

— ¡Ah! ¿eres tú, Antonio? dijo Bodoeri mirándole fijamente. Te han colocado aquí, lo sé; pero ahora sigueme.

Antonio, persuadido de que se hallaba descubierto su proyecto, le siguió lleno de temor; pero ¿cuál fué su sorpresa cuando al llegar á una habitación retirada, Bodoeri abrazándole le habló del puesto importante que se le iba á confiar, el cual debía defender aquella noche con valor? A su admiración siguió la angustia y el terror al saber que hacia ya tiempo se tramaba entre las sombras de la noche una conspiración contra la señoría; que el mismo dux era el jefe de los conjurados, y que debía estallar aquella misma noche para hundir la República y proclamar á Marino rey absoluto de Venecia.

Antonio, sin proferir una sola palabra, fijó la vista en Bodoeri, y este, tomando la inmovilidad del jóven por una señal de duda, exclamó :

— ¡Miserable traidor, no volverás á salir de palacio! es menester tomar las armas ó morir; mas por el pronto habla con ese que se dirige hácia nosotros.

Hácia el extremo de la sala se distinguía una venerable figura; al verla Antonio, cayó de rodillas, exclamando :

— ¡Dios mio, mi padre, Bertuccio Nenolo, mi digno protector!...

Nenolo levantó al jóven, le estrechó contra su corazón, diciéndole con ternura :

— Sí, yo soy Bertuccio Nenolo á quien has creído sumergido en el fondo del mar y que hace poco se ha escapado de la vergonzosa cárcel donde le tenía cautivo el feroz Morb-Hasan; soy aquel Bertuccio que te recogió sin poder suponer que los servidores enviados por Bodoeri para tomar posesión de la casa de campo que acababa de comprar, te echaran brutalmente de ella. ¡Pobre jóven! ¿Dudas tomar las armas contra un poder despótico cuya crueldad te ha privado de tu padre? Vé al patio de Fontego y verás aun sobre el pavimento las manchas de su sangre : cuando la señoría alquiló los almacenes de Fontego á los mercaderes alemanes, se les prohibió llevarse las llaves de sus escritorios, y al emprender un viaje debían depositarlas en casa del *Fontegaro*. Tu padre infringió esta orden incurriendo en un grave castigo; pero cuando á su vuelta se abrió su almacén, se encontró en él una caja llena de ducados de Venecia falsos. En vano protestó de su inocencia, en vano aseguró, lo que era muy cierto, que uno de sus enemigos, quizá el mismo *Fontegaro*, había colocado aquella caja en su escritorio con ánimo de perderle; los jueces, inflexibles, le condenaron á muerte, cuya sentencia se ejecutó en el patio de Fontego, y tú hubieras dejado tambien de existir si la fiel Margarita no te hubiese salvado. Yo era amigo de tu padre y dispuse que á tí mismo se te ocultara tu nombre para evitar tu perdición : ahora, Antonio Dalbirger, el momento ha llegado de empuñar las armas y de vengar en los miembros de la señoría la muerte de tu padre.

Antonio, inflamado de cólera, prometió no tan solo guardar fidelidad á los conjurados, sino tambien ayudarles con valor.

Sabido es que Bertuccio Nenolo había recibido del almirante Dandolo un bofetón, y que esa injuria le había decidido á coaligarse con su ambicioso yerno contra la señoría; ambos deseaban que Faliero fuese investido del poder supremo, con el fin de dividirlo con él.

Los conjurados habían resuelto hacer correr la voz de que la escuadra genovesa había entrado en las la-

MARINO FALIERO, DUX XLIX (1).

El año del Señor 1354, Marino Faliero fué elegido dux de la República de Venecia; ya era caballero, conde de Val-di-Marino en las marcas de Treviso, y dueño de una gran fortuna. Hecha la eleccion, el consejo resolvió enviar á Marino Faliero, que se hallaba de embajador cerca de la corte de Roma, una diputacion compuesta de doce miembros... El Padre Santo habia fijado su residencia en Aviñon...

El día en que el dux Faliero llegó á Venecia, se formó una niebla tan espesa, que oscurecia casi enteramente el cielo, lo que le obligó á desembarcar en la plaza de San Marcos, entre las dos columnas donde se ejecutan los malhechores; circunstancia que á todos pareció de siniestro presagio...

Tampoco debo omitir lo que he leído en una crónica de aquella época... Hallándose Marino Faliero de *Podestá* y capitán en Treviso, un día en que habia procesion, el obispo se hizo esperar, y furioso aquel con su tardanza, le pegó tal bofetón en la mejilla, que faltó poco para que le derribara en tierra: en castigo de este sacrilegio, el cielo ofuscó á Faliero hasta el punto de inspirarle un deseo que le costó la vida.

Apenas habian trascurrido nueve meses desde que Marino Faliero era dux, cuando su ambicion le hizo concebir el proyecto de tiranizar Venecia. Ved ahí cómo narra este suceso una antigua crónica:

Llegado el jueves en que se acostumbra tener corrida de toros, tuvo lugar una de estas en el sitio señalado. Entonces era costumbre irse al palacio del dux despues de la comida á pasar la noche con las damas; el baile duraba hasta el amanecer, y despues de él se servia una cena.

Si el dux era casado, pagaba los gastos de la fiesta, y terminada esta, todos se retiraban á sus casas.

Asistia á aquel sarao un tal Miguel Steno, caballero jóven y pobre, pero sagaz y osado, el cual se hallaba enamorado de una de las damas de la duquesa. Este jóven estaba entre las señoras, y hubo de cometer una indiscrecion que dió lugar á que el dux le mandase lanzar de la sala.

Miguel no pudo sufrir en calma tan vergonzosa afrenta; así que, terminada la fiesta y cuando todo el mundo se hubo retirado, ciego de cólera entró en la sala de audiencia y escribió sobre el asiento del dux estas palabras: *Marino Faliero es el esposo de la mas hermosa de todas las mujeres; otro la goza y él no deja de guardarla.*

Al día siguiente este insulto se hizo público, todo el mundo se escandalizó, y el Senado, lleno de indignacion, mandó que inmediatamente se procediese á la averiguacion del hecho: se ofrecieron sumas considerables al que revelase el nombre del culpado, y habiéndose descubierto que era Miguel Steno, el consejo de los Cuarenta le hizo prender. Conducido ante sus jueces, confesó ser el autor de aquellas palabras en un momento de cólera, por verse lanzado en presencia de su querida.

El consejo deliberó, pero teniendo en consideracion sus pocos años, su amor y su estado de exaltacion, le condenó á dos meses de cárcel y un año de destierro de Venecia. Esta sentencia, demasiado suave en opinion del dux, encendió de nuevo su furor; creyó que el consejo no habia obrado como lo exigia el respeto debido á su dignidad y á su rango, pues Miguel Steno, segun él, merecia la muerte ó al menos el destierro perpétuo.

Este acontecimiento decidió la suerte de Marino Faliero, que estaba destinado á sucumbir en el cadalso. Basta un solo suceso imprevisto para que se realice lo que está escrito y es inevitable.

Algun tiempo despues de esta decision del Senado, un caballero de la casa de Bárbaro, de carácter violento y arrebatado, fué al arsenal para pedir varias cosas al patron de las galeras; el almirante se hallaba presente y respondió:

— No es posible.

De ahí nació una disputa acalorada entre el caballero y el almirante, tanto que el primero le pegó al segundo un puñetazo en el ojo, lastimándole gravemente con un anillo que por casualidad llevaba; el almirante, ensangrentado, corrió al palacio á pedirle justicia al dux.

— ¿Qué quereis que haga yo? respondió este; acordaos de la inscripcion grabada sobre mi sitial, y del modo con que ha sido castigado por este crimen Miguel Steno, y conocereis el respeto que le merecen nuestras personas al consejo de los Cuarenta.

— Señor, contestó el almirante; si deseais ser príncipe y veros libre de todos esos viles caballeros, me sobra corazon para ejecutar ese proyecto; prestadme vuestro apoyo, y dentro de poco sereis dueño de Venecia y podreis vengaros.

— ¿Cómo? preguntó nuevamente el dux.

Este fué el principio de la conversacion que se empeñó entre ambos.

(1) Creemos que nuestros lectores, despues del precioso cuento de Hoffmann, que hemos insertado, verán con gusto la siguiente erudita noticia, sacada de una crónica veneciana, que sobre el mismo asunto tiene en sus obras despues del magnífico drama *Marino Faliero*, el inmortal autor de *Don Juan* y de *Childe-Harold*, lord Byron.

El dux llamó á su sobrino Bertuccio Faliero, que vivia con él en su palacio, y le enteró del complot, enviando tambien á llamar á Felipe Calendaro, marino de gran reputacion, y á Bertuccio Israelo, hombre sumamente resuelto y sagaz.

Despues de una breve deliberacion convinieron en asociarse á varias otras personas, las cuales se reunieron durante muchas noches de la conspiracion en el palacio del dux.

Las personas iniciadas sucesivamente en el secreto fueron Niccolo Fagindo, Giovanni de Corfú, Stefano Fagiano, Iriccolo dalle Bende, Niccolo Blondo y Stefano Trivisano.

Acordóse que diez y seis ó diez y siete jefes se repartirian por los diferentes barrios de la ciudad, pero que su tropa ignoraria el lugar de su retiro; el día designado deberian promover cualquier tumulto para que el dux tuviese un pretexto para mandar tocar la campana de San Marcos, que solo de su orden podia tocarse: al punto los diferentes jefes y sus grupos de conjurados debian dirigirse hácia San Marcos por todas las calles que desembocan en esta plaza, para que así que los patricios y principales habitantes llegasen á aquel sitio con el fin de averiguar la causa de la alarma, fuesen degollados por los conjurados y proclamasen en seguida á Marino Faliero señor de Venecia.

Aprobado este plan, se aplazó su ejecucion para el miércoles 15 de abril de 1355, complot fraguado, con tanto misterio, que nadie concibió ni la mas remota sospecha.

Pero el cielo, que vela por esta ciudad gloriosa, y que satisfecho de la piedad y honradez de sus habitantes les ha prestado siempre su auxilio, valiése de un tal Beltramo de Bergamo para descubrir la conspiracion del modo siguiente:

Este Beltramo, que se hallaba al servicio de Niccolo Liono de Santo-Stefano, conocia algo de lo que debia suceder, y se dirigió á casa de dicho personaje para advertírselo.

(Se continuará.)

Fiesta del Churruck-Poojah.

Esta fiesta en honor de Siva se celebra todos los años en la India por el mes de marzo.

Siva, tercera persona de la Trimurti ó Trinidad india, es el dios de la destruccion y la muerte, que se designa tambien con el nombre de *Gangadhara* (que lleva el Ganges sobre su cabeza) porque el Ganges baja de los flancos del Kailasa, que le dan por morada. Generalmente le representan sentado encima de un tigre ó del toro Nandi, con la boca armada de largos dientes y vomitando llamas, con los brazos y el talle rodeados de serpientes y con un collar de cabezas humanas; aspecto terrible y muy propio de un personaje encargado de ser á la vez juez y verdugo. Segun la mitologia india, Siva está, con efecto, encargado de pronunciar y ejecutar las sentencias de la justicia divina.

No hay para qué decir si le invocan ó le temen.

Todo enfermo clama á Siva, y á él se dirige tambien todo el que se compromete en alguna empresa peligrosa.

¿Qué de votos le hacen! Ni en Grecia ni en Roma fué jamás tan frecuente la costumbre de los votos como en las orillas del Ganges. Y es de advertir que los indios cumplen escrupulosamente las promesas que hacen á Siva. Como ya hemos dicho, tienen un día para esto, que es el de la fiesta del Churruck-Poojah; y tal es el respeto con que la celebran, que no juzgan demasiado un mes entero de preparacion con purificaciones cotidianas.

Llegado el gran día, los indios que representan un papel en la ceremonia toman el nombre de Sunyasees. Se esparcen por las calles y danzan en grupos, habiéndose atravesado la lengua, las costillas ú otra parte del cuerpo con cuerdas ó palos. Nuestro dibujo representa una de esas escenas salvajes. En un grupo baila un hombre, vestido de seda encarnada y engalanado con adornos de mujer. Por su lengua perforada ha atravesado una culebra que tiene con la mano. Otro hombre que se ha atravesado la lengua con una caña de bambú de cerca de tres pulgadas de circunferencia, que mantiene en posicion horizontal y cuyos movimientos varia, hace piruetas entre tanto. ¡Oh, dios Siva, el de las cinco cabezas, cómo le debe alegrar este espectáculo que contempla desde lo alto del Kailasa!

Así cumplen los indios los votos que hacen á esa tercera persona de la Trinidad, votos que consisten, como vemos, en mutilaciones operadas sobre sí mismos, en suplicios mas ó menos crueles que se imponen, y, al parecer, soportan con una indiferencia estoica. Entre las prácticas supersticiosas que tanto abundan en el culto de los indios, las hay ridiculas y las hay repugnantes. La fiesta del Churruck-Poojah es de estas últimas, como la fiesta de Djaggernah, en la cual los fieles se dejan aplastar con alegría bajo las ruedas del carro de Vichnu, y como la bárbara costumbre que quiere que la viuda se arroje viva en la hoguera donde se consume el cadáver de su marido.

L. C.

gunas; por la noche debia sonar la gran campana de San Marcos, llamando á los ciudadanos á la defensa de la ciudad, y á esta señal el gran número de conjurados que se hallaban distribuidos por todos los barrios de Venecia, debian apoderarse de la plaza de San Marcos, de las posiciones principales de la ciudad, degollar á los senadores y proclamar al dux señor absoluto.

El consejo, que tenia noticia de las reuniones que se celebraban en la casa del dux de la Giudecca, no sabía sin embargo de un modo evidente lo que se trataba en ellas: pero uno de los conjurados llamado Benthian, manguitero de Pisa, sintió una especie de remordimiento, y quiso salvar á lo menos á su protector Nicolás Leoni, miembro del consejo de los Diez, y para ello fué á verle aquella noche, encargándole muy encarecidamente que por nada del mundo saliese aquella noche de su casa.

Leoni, que abrigaba ya algunas sospechas, detuvo al manguitero á la fuerza, y á poco le sonsacó el plan de la conjuracion; en seguida llamó á Giovanni, Draganiro y á Marco Cornaro; reunió el consejo de los Diez en San Salvador, y en el espacio de tres horas se tomaron todas las providencias para sofocar la rebelion en el momento que estallase.

Antonio habia recibido orden de dirigirse con un grupo de conjurados á la iglesia de San Marcos para hacer sonar la campana grande.

A su llegada encontró la torre rodeada de soldados del arsenal que se precipitaron sobre él y los suyos, hiriéndolos con sus alabardas, con lo que se dispersaron aterrados, y él mismo echó á correr.

Mientras huía en la oscuridad de la noche, sintió que le sujetaban por la espalda, volvió la cabeza, y á la luz de una antorcha vió á Pedro.

— ¡Huye! le dice su antiguo camarada; ¡sálvate, Antonio, todo está perdido! Bodoeri y Nenolo han caido en poder de la señoría; las puertas del palacio están cerradas y el dux preso en su cámara y guardado por sus enemigos. Ven, ven á mi góndola.

Antonio se dejó arrastrar sin proferir una sola palabra. Se oian voces confusas, choque de armas y gritos de agonía; pero poco á poco todo volvió á quedar en un espantoso silencio.

Al día siguiente el pueblo asombrado contemplaba un espectáculo horrible. El consejo de los Diez habia aquella misma noche condenado y hecho ajusticiar á los jefes de la conjuracion, á quienes se habia dado garrote en la plazuela contigua á la galería desde donde el dux acostumbraba á presenciar las fiestas públicas, donde Antonio hendiendo los aires habia bajado á ofrecer un ramillete á Anunciacion. Entre los cadáveres se distinguian los de Bodoeri y Bertuccio Nenolo.

Dos días despues Marino Faliero, condenado por el consejo de los Diez, fué ajusticiado en lo alto de la escalera llamada de los Gigantes.

Antonio vagaba de una á otra parte, pues nadie sabia que fuese uno de los conjurados, y al ver caer la cabeza blanca de Faliero soltó un grito de terror, pronunció el nombre de Anunciacion, y se precipitó dentro de palacio. Nadie trató de detenerle, y los guardias le miraron como un hombre delirante y cuya razon se habia extraviado con lo que acababa de presenciar.

La vieja mendiga corrió á su encuentro, y le condujo por la mano á la estancia de Anunciacion, que se hallaba medio desmayada sobre su lecho. Antonio se arrojó á sus piés cubriendo sus manos de besos y llamándola con los nombres mas dulces y cariñosos. Aquella jóven abrió los ojos; de repente tendió á Antonio sus brazos, le estrechó contra su corazon derramando copiosas lágrimas, y le dijo:

— ¡Antonio, Antonio mio! te amo con un amor inexplicable; ¡ah! ¡aun hay felicidad para mí en este mundo! ¿Qué significan las muertes de mi padre, de mi tío y de mi esposo, comparadas con la suprema ventura de nuestro amor?... ¡Oh, huyamos, huyamos lejos de esta escena de sangre!

Ambos amantes se juran una fidelidad eterna, y con sus lágrimas y besos olvidan los temibles sucesos de los días anteriores; ¡la tierra desaparece á su vista, el amor les abre las puertas del cielo!

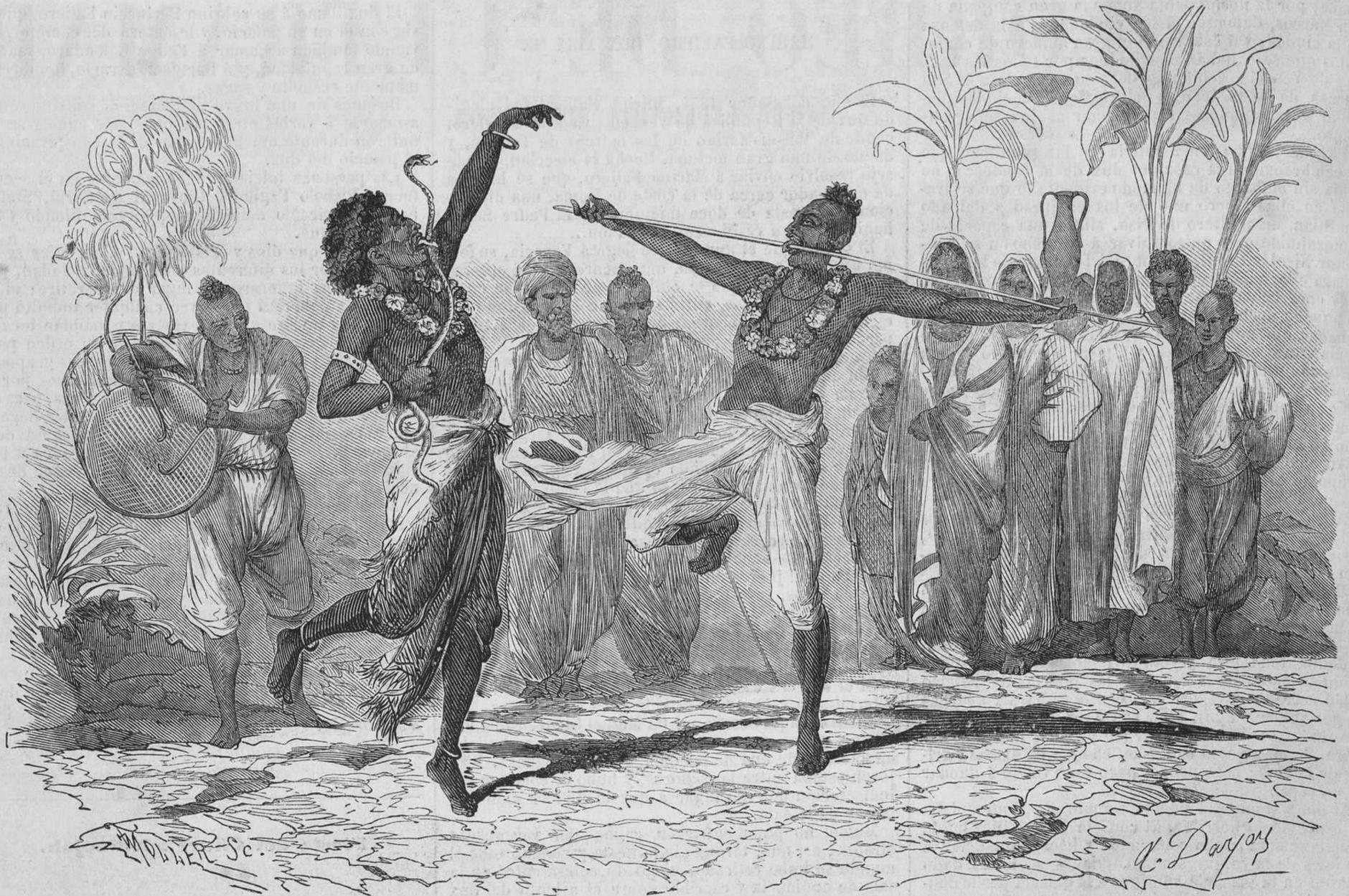
La vieja les propuso que se retirasen á Chiozza, y Antonio dijo que desde allí podria volver á su patria. Pedro trajo una barquichuela cerca del puente de palacio, y en cuanto fué de noche, Anunciacion, cubierta con un espeso velo, salió de su cámara con la vieja Margarita; esta llevaba una cajita llena de magnificas joyas; llegaron al puente sin ser vistos de nadie y se embarcaron, apoderándose Antonio de los remos y haciendo volar su góndola hasta encontrarse en alta mar.

El viento empieza á silbar, y el disco de la luna se cubrió de sombrías nubes, estallando una furiosa tempestad que impelia á la góndola sobre las encrespadas olas, é imposibilitaba á Antonio de hacer uso de sus remos; este cogió á Anunciacion en sus brazos, y olvidándose de la cólera del mar y de sus imponentes mugidos, exclamaron ambos:

— ¡Oh, Antonio mio!

— ¡Oh, Anunciacion mia!

Entonces el mar, aquella viuda celosa del dux decapitado, levantó sus espumantes olas como dos brazos gigantes, se apoderó de los dos amantes y los sumergió con Margarita en su insondable abismo.



SUPERSTICIONES DE LA INDIA. — La Danza de los Sunyasees en la fiesta del Churruck-Poojah.

1873
AÑO 32**EL CORREO DE ULTRAMAR**1873
AÑO 32

TRES PUBLICACIONES

PARTE POLÍTICA. — PARTE LITERARIA ILUSTRADA. — LA MODA.

Todos los suscritores por el año entero de 1873 á la Parte Ilustrada, recibirán

DOS MAGNÍFICAS PRIMAS**1º EL ENAMORADO DE LA REINA***Novela escrita en francés por CHARDALL*

Traducida al castellano para EL CORREO DE ULTRAMAR. — Edición de todo lujo, en un tomo en 4º mayor, sobre papel vitela, adornada con 67 láminas grabadas sobre madera.

Para las personas que no estén suscritas : Precio de la obra ricamente encuadernada con cortes dorados, 6 pesos fuertes.**2º LA MODA**

CON SU IMPORTANTÍSIMO AUMENTO : TRES NÚMEROS AL MES EN LUGAR DE DOS, DESDE EL PRINCIPIO DEL AÑO 1873

Cada año de LA MODA contendrá :

900 columnas de impresion en 4º mayor. — 460 Modelos de trajes diferentes. — 300 Modelos de labores de Señoras, Tapiceria, Crochet, etc.

Además dará fuera del texto :

56 Figurines de modas de Señoras. — 6 Idem de tocados de baile. — 6 Idem de modas de hombres. — 4 Cromo-Litografias de hermosos colores. — 6 Patrones dobles para vestidos, confecciones, trajes de niños, etc.

La Parte Literaria Ilustrada del CORREO DE ULTRAMAR, es el periódico ilustrado mas completo y barato del mundo entero, tanto por la cantidad de dibujos y de texto que entran en su composicion, como por las Primas gratuitas que da anualmente, LA MODA y LA NOVELA ILUSTRADA, ó sea en todo :

2 Volúmenes del CORREO. — 1 Volúmen grueso de LA MODA. — 1 Volúmen de LA NOVELA ILUSTRADA.**PARTE POLITICA****EL PERIODICO MAS GRANDE Y MAS COMPLETO QUE SE CONOCE**

36 números al año que llegan al mismo tiempo que la correspondencia. — Política general de Europa y América. — Discusiones de las Cámaras. — Documentos diplomáticos. — Variedades. — Literatura. — Artes. — Ciencias. — Comercio. — Industria. — Medicina. — Tribunales. — Teatros. — Música. — Agricultura.

NOTA. — Además los suscritores de las Repúblicas del Pacífico reciben de Panamá 24 Boletines especiales de despachos telegráficos de Europa.